



## **Antología poética**

**Vicente Wenceslao Querol**

### **Epístolas**

Carta

Al señor don Pedro A. de Alarcón acerca de la poesía

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos

entregué al aire vano

en mi edad juvenil fútiles versos,

hoy con piadosa mano

recojo y cierro en el modesto libro,

que al triste olvido de la edad entrego,

o al duro fallo de los tiempos libro.

Lo engendré en la nocturna

fiebre de mis pasiones primerizas,

y hoy guardo en él, como en sagrada urna,

del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,  
el laurel disputado en arduas lizas,  
de la osada ambición locos empeños,  
la fe jurada, la esperanza muerta,  
la aspiración incierta,  
los horizontes del amor risueños:  
cuanto amé y esperé. Huecas y frías  
en el oído extraño,  
ajeno a mi placer, sordo a mi daño,  
sonarán siempre las canciones mías;  
pero, al volver sus páginas, yo encuentro  
mi gozo entre ellas o mi antigua angustia,  
cual suele hallarse dentro  
de un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto  
mi fe en ti, desdeñada Poesía,  
ni el ciego amor y el fervoroso culto  
con que en tus aras me postré algún día.  
No reniego de ti cuando la mofa,  
cuando el villano insulto  
responden sólo a tu vibrante estrofa;  
no aparto de mi labio

de tu cáliz de hiel las negras heces,  
ni te abandono al miserable agravio,  
o a las burlas soeces  
del vulgo, indigno de tu noble estro;  
y cuando ante el siniestro  
tribunal vas de tus inicuos jueces,  
yo, discípulo tuyo, por tres veces  
no negaré al Maestro.

¡Santa palabra de Jehová!

-Con ella

Moisés cantó el enojo  
con que borró de Faraón la huella  
en sus líquidos antros el mar Rojo;  
con ella sobre Nínive sujeta  
al yugo del pecado, y sobre Tiro,  
y en la ancha plaza de Sidón inquieta,  
quejumbroso suspiro  
o eterna maldición lanzó el Profeta;  
con ella, junto al cauce  
del extranjero río, su salterio  
colgando al tronco del umbroso sauce,  
lloró Judá su amargo cautiverio;  
con ella dijo su doliente cuita

Job a la inmunda fiera del desierto;  
y con ella la hermosa Sulamita  
cantó al amor en su cercado huerto.

¡Numen severo de la historia!

-Vive

todo lo que el pöeta  
con sabio ritmo sonoro escribe;  
muere lo que desdeña! -Allá, en la vaga  
muda extensión del páramo infinito,  
la soberbia pirámide naufraga;  
la esfinge de granito  
se hunde en la arena movediza; el verde  
musgo los templos de Ática sepulta;  
la corva reja del arado muere  
las feraces colinas  
donde su oprobio Babilonia oculta:  
el rebaño del árabe se pierde  
entre las vastas ruinas  
que cubren tus llanuras, oh Cartago,  
mientras que en las vecinas  
costas de Italia, con el propio estrago,  
tu egregia vencedora,  
la Reina de las águilas latinas,  
sola, entre tumbas profanadas, llora.

Envuelta en el sudario  
de un vergonzoso olvido,  
fuera la Tierra el miserable osario  
de las humanas razas, si el gemido  
o el cántico de gloria  
de los antiguos vates,  
eco veraz de la solemne historia,  
no nos trajera en clamoroso ruido  
sus fragorosas ruinas y combates,  
ayes de muerte y gritos de victoria.  
De un siglo al otro siglo el viento lleva,  
en las vibrantes cuerdas de la lira,  
la predicción de la esperanza nueva  
o el triste llanto de la edad que expira;  
y como en la callada  
soledad de las noches, de astro en astro  
vuela el pálido rastro  
de la luz increada,  
así el vate, en la oscura  
noche del tiempo, que el pasado esconde,  
habla a los bardos de la edad futura,  
y Osián los cantos de Ilión murmura  
y Dante al salmo de David responde.

¡Hija de la Belleza!

-A la alborada,  
de blanca luz ceñida,  
a la aurora, de púrpura bañada,  
y en la tarde apagada,  
de húmeda niebla y de vapor vestida,  
son sus joyas las perlas del rocío,  
las flores son sus galas,  
su claro espejo el transparente río,  
los céfiros sus alas,  
las rojas nubes sus movibles tiendas,  
su blanda cuna las inciertas olas,  
y el ancho espacio las etéreas sendas  
por donde marcha a solas.

Gime en la selva que estremece el viento,  
triste en la fuente solitaria llora,  
canta del ave en el alegre acento,  
ríe en la luz de la naciente aurora;  
y cuando cruza con callado vuelo  
la tierra, el mar o el cielo,  
todo en ritmo sonoro  
vibra al compás del cadencioso metro,  
y en luminoso coro  
van las estrellas de oro

rodando en torno a su extendido cetro.

¡Hija del sentimiento!

-En la indecisa

vaguedad del espíritu; en la calma

de la conciencia justa;

del débil niño en la infantil sonrisa;

en los delirios lánguidos del alma;

del corazón en la soberbia augusta;

en la ira noble, en el amor materno,

en la ansia no cumplida,

en los hastíos de la humana vida

y en el místico amor de un bien eterno;

en el lóbrego abismo,

cárcel que la pasión fiera quebranta,

en el grito febril del heroísmo,

y en la oculta virtud, callada y santa,

como en el crimen mismo,

ella, la Poesía,

surge y cruza sombría,

y el puñal blande o la oración murmura;

ciñe a la virgen los nupciales velos;

solloza en la olvidada sepultura,

y, en los humanos duelos,

con la tendida diestra

a toda angustia inconsolable muestra  
la eterna luz de los abiertos cielos.

Tal, en la edad confusa  
en que a la vida el corazón despierta,  
yo, la soñada Musa  
vi en el umbral de la cerrada puerta,  
que mi ambición ilusa  
juzgó a la gloria y la esperanza abierta.  
No entré..., pero en mi oído  
sonó el grande rüido  
de los santos acordes celestiales;  
y aún hoy, en este olvido  
y en esta amiga sombra,  
donde es la paz un dítamo a mis males,  
entre el silencio escucho, y aún me asombra,  
el rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido a ellos,  
oh dulce amigo, tu canción sonora,  
y alumbraste con vívidos destellos  
esta noche del alma abrumadora:  
brioso corazón que en las bastardas  
horas sin fe, que nos legó el destino,  
inmaculado aún guardas

de una alta estirpe el resplandor divino,  
abre el libro y no temas,  
al revolver las hojas  
de mis pobres poemas,  
que ose en ellos cantar glorias supremas  
ni supremas congojas.

El débil numen que mi verso inspira  
nunca osó ambicionar más noble palma  
que traducir fielmente con la lira  
la efusión de mi alma.

Epístola a un amigo

Seca en la frente del otoño acuoso  
la corona de pámpanos se mira,  
seca la pompa del vergel frondoso;

y fresca el aura que voluble gira,  
silba tan sólo en la desnuda rama  
o en la hojarasca marchitada espira.

Pálido el sol con entibiada llama  
tardo los blancos horizontes dora,  
y el mar, las costas azotando, brama.

¡Cuánto, amigo, ¡oh dolor!, mi alma que llora

en consonancia está, por su tristura,  
con la estación del año asoladora!

Como el bosque su pompa y su verdura,  
perdió marchito el pensamiento mío  
su ilusión vaga y la pueril ternura.

Trocóse en viento agostador y frío  
la brisa susurrante del deseo,  
y la verdad iluminó el vacío.

Vuelto de aquel mi antiguo devaneo,  
tan sólo a veces, como el mar inestable,  
olas alzar al pensamiento veo,

que el ímpetu quebrantan formidable  
contra esa valla de menuda arena  
de lo infinito oscuro, indescifrable,

con que Dios, como en lindes, lo encadena,  
hasta que al fin de reluchar cansada,  
calma sus ondas la razón serena.

¿En dónde estáis, claror de la alborada,  
vívido sol de mis mejores días,

noche de estrellas, clara y perfumada?

Os llevasteis mi amor, mis alegrías,  
y el horizonte de mi bien futuro  
lo manchan de dolor nubes sombrías.

Alguna vez sobre su fondo oscuro  
el rayo amarillento serpentea  
de un bien soñado, inasequible y puro.

Aún brota de esperanza breve idea;  
mal apagado el fuego de los años  
aún, removiendo la ceniza, humea.

Tú, que aprendiste en luengos desengaños  
triste a llorar por tu ilusión perdida,  
piedad tendrás de mis presentes daños.

Por la arboleda umbrosa y escondida  
muevo la planta perezosa, incierta,  
de dulces sueños con el alma henchida.

La fantasía su dorada puerta  
abre, y murmura al corazón llagado  
cantos que el labio a traducir no acierta.

Marcho a la par del río sosegado,  
y oigo su son por la desierta vega  
triste gemir con eco atribulado;

a mí el rumor incomprensible llega  
que la hojarasca removida al viento,  
como la voz de su deseo, entrega;

y a esa lengua confusa, a ese lamento  
del bosque y la ribera, aduno acaso  
de mi pasión el dolorido acento.

Cuando tras las colinas del ocaso  
el sol su disco enrojecido esconde,  
marco en la playa el vacilante paso;

marcho abstraído sin saber a dónde,  
y a la honda voz de mis secretas penas  
triste el gemido de la mar responde.

¿Ese león, tendido en las arenas  
que humilde llega hasta lamer mi planta,  
y que si agita altivo albas melenas

con su rugido de furor espanta,  
víctima acaso del destino llora?  
¿Tal vez secretos sus placeres canta?

Por la extensión del agua bramadora,  
cual mis deseos, piérdese en la bruma  
lejos, allá, la nave bogadora.

De tensa vela, como blanca pluma,  
e imagen vana de mi afán, la playa  
cubren las ondas de fugaz espuma.

Doquier que sólo con mis penas vaya,  
allí el trasunto de mi duelo encuentro,  
que en todo mi alma lánguida desmaya.

Como en ciudad arruinada, entro  
yo en mi interior, e imágenes de luto  
y escombros cubren solitario el centro.

Miro sin pena, con el ojo enjuto,  
por el gusano del dolor roído,  
árbol de vida, tu inodoro fruto

Pero ¿a qué tanto lamentar? ¿Nacido

seré tal vez a consumir la vida  
en llanto estéril y en tenaz gemido?

No: la pena del alma sacudida,  
brote del goce la abundosa fuente  
que con sus aguas de cristal convida.

Brille el placer en la serena frente:  
noche, recoge tu crespón sombrío;  
eterno luzca el sol en nuestro Oriente,

y mi existencia despeñado río  
será, que arrastre entre sus turbias olas  
cuanto se oponga a contrastar su brío;

¡la mujer!... con mil vagas aureolas  
yo coronaba su figura leda  
cuando en mis sueños la forjaba a solas.

Allá lejos, cruzar por la arboleda  
yo la miraba, en ondas desdoblada  
la suelta falda de crujiente seda.

Cual mariposa de oro matizada  
brilla del sol al rayo purpurino,

yo vi brillar amor en su mirada.

¡Ay infeliz! Tú, amigo, si el divino  
fuego sentiste del amor que en todo  
arde, sabría mi mísero destino.

¡Gloria!, ¡ambición! El alma la atesora  
y el corazón de su recinto estrecho  
ansía ostentar la fuerza triunfadora.

Ora defienda popular derecho,  
ora ambicione la guerrera palma,  
dejad que lleno se desborde el pecho;

pronto rendido pediré la calma;  
sangre en el lauro mirarán mis ojos,  
y siempre un hueco en la región del alma.

Sigue el Hastío en pos de los Antojos,  
triste verdad que amarga la existencia  
el alma agita entre ansiedad y enojos.

Paz, ¿dónde estás? ¿Te encontraré en la ciencia?

¿De siglos mil los evocados manes  
me darán la verdad con su experiencia?

«Vanos serán -me dicen- tus afanes:  
¡ay de quien ose, habitador del suelo,  
a guerra renovar de los Titanes!

Rotas las alas caerá en su vuelo:  
confusos mira los que alzar intentan  
nueva Babel para escalar el Cielo;

su propio orgullo con su rabia afrentan,  
y esclavos siempre de sus sueños vanos  
hoy la esperanza de su pecho ahuyentan.»

Yo os compadezco, míseros humanos,  
mas con vosotros decaer me miro:  
que igual cadena oprime nuestras manos.

¡Paz de las tumbas, perenal retiro,  
única idea que te ostentas fija  
del pensamiento en el constante giro!

¿Y aún hay quien loco su destino elija?  
dejad que en tanto por oscura senda

mis pasos torpes sin afán dirija.

Se ha desceñido la encantada venda  
mi dulce sueño y la ilusión no cabe:  
nadie con ellas mi tristeza ofenda.

Tanta pálida frente al peso grave  
del pensamiento que se inclina a tierra,  
¿qué busca en ella?, ¿su destino sabe?

Esta palabra que el misterio encierra  
mi alma arrobada en el silencio escucha:  
«Es la materia con el alma en guerra,  
es Israel que con el Ángel lucha.»

Carta  
A don Bernardo Ferrándiz acerca de la pintura

Pintor, ¿no lo recuerdas?... ¡Han pasado  
tantos años después!... En el oscuro  
salón que aún guarda sobre el pardo muro  
más de un lienzo sagrado  
de los viejos maestros; donde exalta  
el arte en alas de la fe Ribalta;  
donde Orrente apacienta los corderos

en las verdes praderas;  
donde en pos de las bélicas banderas  
lleva March el tropel de sus guerreros;  
donde del cuerpo el insufrible duelo  
en el martirio atroz Ribera pinta;  
donde con dulce y sonrosada tinta  
Joanes traslada la visión del cielo,  
yo, niño todavía,  
las tres artes canté, bellas rivales,  
en venturoso día;  
tú, niño aún, con rica fantasía  
soñabas ya en los cuadros inmortales.

Yo he callado después. Tú, peregrino  
por la senda de abrojos,  
has caminado hacia la excelsa cumbre,  
en el fulgor divino  
de la celeste lumbre  
saciar ansiando tus nublados ojos.

Herculano en ruinas, donde mora  
la Musa de la Grecia en los escombros;  
Parténope, que llora  
del tiempo el rudo agravio;  
Roma, que aún lleva en los desnudos hombros  
desgarrada la púrpura de Octavio;

Paris, cima y abismo,  
con la canción impúdica en el labio  
y en la frente el fulgor del heroísmo,  
todo lo viste, penetraste en todo,  
buscando en todas partes  
la clave oscura, el ignorado modo,  
la ciencia oculta de las nobles artes.

¿La hallaste al fin? -Tal vez sobre el proscenio  
del viejo anfiteatro, hoy mudo y triste,  
coronado de pámpanos tú viste  
surgir de Grecia al sonriente genio,  
fuerte, bello, desnudo;  
la piel del león vencido  
atada al cuello con flexible nudo;  
en las manos la clava  
de Hércules triunfador, y de Cupido  
sobre los hombros la temible aljaba;  
moviendo el paso al son del cadencioso  
ritmo de Jonia; la canción amante  
dulce en sus labios, cual la miel hiblea,  
y en torno de él con vuelo silencioso  
las águilas de Júpiter Tonante,  
las palomas de Venus Citerea.

O del templo cristiano en la penumbra,  
que una lámpara sola  
con tenue rayo amarillento alumbra,  
del gótico retablo  
viste bajar, envuelta en la aureola  
del ancho nimbo de oro,  
el blanco pie sobre la sien del diablo,  
y a entrambos lados el celeste coro  
de las vírgenes bellas  
que agitan verdes palmas,  
con manto azul que bordan las estrellas,  
a la Reina del cielo y de las almas.

Y viste su faz mustia  
donde intenta el amor borrar las huellas  
de la sufrida angustia;  
en humilde actitud juntas las manos,  
e inclinada la frente soñadora,  
imagen de la fe de los cristianos  
que espera, y ama, y compadece y llora.

¡Ah!, ¡de aquellos sublimes ideales  
la inspiración ha muerto,  
y perdió el alma con su rumbo incierto  
la senda de las cumbres inmortales!  
Hoy, sin guía y sin norma,

rueda al impulso de encontrados vientos,  
sin fe en el culto de la antigua forma  
y sin fe en los cristianos sentimientos.

¿Dónde posar la frente dolorida?  
¿Cómo romper la niebla  
que el pensamiento del pintor ofusca  
y hallar el manantial de eterna vida  
que, para los fantasmas con que puebla  
sus mudos lienzos, el artista busca?  
No hallará el sacro fuego en la sentina  
de infame lupanar, ni en el regazo  
de la infiel concubina,  
que en los torpes excesos  
de la orgía procaz, paga el abrazo  
del ebrio amor con los vendidos besos.  
Nunca el estéril vicio  
pudo engendrar la inspiración inquieta.  
Como el pálido asceta,  
conviene a nuestros lomos el cilicio  
del trabajo ceñir, áspero y rudo.  
De Dios la voz secreta,  
de la abstracción entre el silencio mudo,  
coloquios dulces con el hombre entabla,  
y al Artista, lo mismo que al Profeta,

sólo tras largas penitencias habla.

Tampoco en el trasunto

de la escena trivial la lumbre brota

de la obra eterna: que el vulgar asunto

flaca y cobarde aspiración denota;

y cuando en pobre tema

vida, luz y color, ciencia y estudio

vierte el pintor, yo niego la suprema

gloria a su nombre y su ambición repudio.

¡Quien grande quiera ser, sueñe en lo grande!

Quien en forjar emplea

frágiles obras los celestes fuegos,

es Titán que la clava enorme blande,

oprobio de su stirpe gigantea,

de vil histrión en los burlescos juegos.

De la unión de los hombres y las diosas

nació en la antigüedad la egregia raza

de los Héroes, de Júpiter rivales.

Cuando, ceñida de laurel y rosas,

la Musa al genio su destino enlaza,

nacen también las obras inmortales.

La línea vaga, cambiante, incierta

de la naturaleza, con segura

mano no basta aprisionar, y pura  
trazarla y fiel sobre la tabla muerta.  
No basta con precisa  
tinta acusar la luz y la indecisa  
sombra, y en cada objeto  
descubrir el secreto,  
del haz de rayos que en su tono entra.  
Matices, luz, colores,  
sombras y resplandores,  
todo el tenaz artífice lo encuentra.  
Pero el arte es crear. La exacta copia  
que el inundo externo pálida remeda  
trabajo estéril es, si en él no queda  
algo viviente de nuestra alma propia.  
Lo que al artista encumbra  
es su poder para arrancar del cielo  
algo del rayo que lo eterno alumbró:  
es que del hondo anhelo  
que un ancho surco en nuestra frente labra,  
y del que agita al mundo  
misterio arduo y fecundo,  
él sabe acaso la única palabra.  
De la matriz de las humanas cosas  
que adulteró el averno,  
él, aunque envuelto en sombras nebulosas,

guarda el modelo eterno.

Cada objeto del mundo es una letra  
que el vulgo no adivina;  
pero él las junta todas y penetra  
la leyenda divina.

Pintor, medita y dime

si a ti te arrastra el vértigo sublime  
de esa ambición tan alta,  
y si, al mirar la cumbre inaccesible,  
a un mismo tiempo el corazón te asalta  
el miedo y el amor de lo imposible.

Dime si una locura

divina agita tu inmortal esencia;  
si, entre el ruidoso aplauso, la amargura  
sufres de la impotencia;  
si odias tus propias obras; si falleces  
cuando las horas de jornada cuentas,  
y corres unas veces, y otras veces  
sobre la orilla a sollozar te sientas;  
y si en tu frente, doblugada al peso  
de ese dolor que tu flaqueza acusa,  
no has sentido posarse el fresco beso  
de la invisible Musa.

Si eso sufriste, vencerás: no temas.

La santa inspiración todo lo sabe:

Dios le entregó la clave

de los arduos problemas.

Sube a la cumbre, sube,

aunque rasguen tus plantas los abrojos,

y humo leve será la parda nube

que hoy roba el cielo espléndido a tus ojos.

No confundas tu voz en la disputa

del hombre con el hombre,

que, con fe varia y con mudable nombre,

culto a los falsos ídolos tributa,

y acércate al Señor. -Una y eterna

es la Verdad que nuestra fe ilumina;

una también y enamorada y tierna,

es la Bondad divina.

Una es, pues, la Belleza. Aunque de lejos,

contigo yo, que su esplendor arrostro,

sé ya que son las Artes los reflejos

del sol que irradia en el divino rostro.

Carta

A don Gaspar Núñez de Arce con motivo de su libro «Gritos del combate»

¿Quién mintió que la noble,

sagrada Musa de mí patria, aquella

que con laurel y roble

perpetuos coronó la sien divina;  
la que orgullosa renovó en Lepanto  
el himno triunfador de Salamina;  
la que, aún Más orgullosa, alzó su canto  
de Trafalgar en los funestos mares,  
diciendo el alto honor de los vencidos;  
la que osó el Dos de Mayo  
por gritos de venganza los gemidos,  
y por glorias cambiar hados adversos;  
quién mintió que olvidaba en cruel desmayo  
su plectro de oro y sus antiguos versos?

Callaba cuando impura  
rasgaba la bacante en nuestra escena  
los pliegues de su tenue vestidura,  
del vulgo infame entre la risa obscena;  
callaba cuando el labio  
de oscuros vates pronunciar solía  
la ruín lisonja o el cobarde agravio,  
la mofa torpe o la blasfemia impía;  
callaba cuando, en medio  
de la común desolación, tronaban  
las báquicas estrofas de la orgía;  
callaba cuando el tedio  
falso, o el falso amor, ¡ay!, arrancaban

a la materna lira,  
no el triste verso o la canción sonora,  
no el rugir de la guerra bramadora,  
sino el eco fugaz de la mentira.

Callaba... mas no ha muerto,  
que ella las puertas sobre el férreo gonce  
dobló, cerrando el templo antes abierto,  
y de pie en el umbral guarda con ira  
mudo en las manos su clarín de bronce.

Ella, la Musa egregia  
de nuestros siglos de oro, que en las cimas  
del Helicón naciera, y en la regia  
pompa educóse de la eterna Roma,  
te dio el secreto de las doctas rimas  
y el decoro inmortal del patrio idioma.

Mas no con la radiante  
luz de la gloria en los ardientes ojos,  
me aparece en tus versos, ni la fibra  
hiere en mí de la saña y los enojos  
cuando las cuerdas en tu plectro vibra,  
ni, en el aire extendiendo el áureo cetro,  
los rumorosos vientos y los mares  
sojuzga al son del cadencioso metro.  
¡Cuál plañe en tus cantares!

¡Cómo la frente mustia  
dobla en silencio sobre el casto seno,  
y el rostro, antes sereno,  
reprime mal su abrumadora angustia!

Yo sollozo leyéndote, y, oculto  
mi rostro entre ambas manos, pienso en duda  
si es lo que siento en mí vergüenza muda,  
flaca abyección o rabia ante el insulto.  
Como el acero que deslumbra y mata,  
tu verso hierde y brilla:  
poeta, me arrebatas  
tu estrofa, y, ciudadano, me mancilla.  
Y a tan confusa turbación me obligo,  
que, cuando el vuelo raudo  
de tu indignada inspiración yo sigo,  
la ira sublime entusiasmado aplaudo;  
mientras me duelo de que en bronce esculpas  
con un buril de fuego nuestros males,  
y hagas eterno, en versos inmortales,  
el infame baldón de nuestras culpas.

¿Por qué tu canto, émulo  
del de los viejos vates,  
suena febril y trémulo,

y el rostro anublas y la frente abates?  
¿Por qué, cuando las nombras,  
pasan por él como angustiadas sombras,  
la FE, rasgando su piadosa venda;  
ebria la LIBERTAD y envilecida,  
y, con sangrienta herida,  
muerta la PATRIA en la civil contienda?  
¿No será que tu espíritu conturba  
el que atruena el espacio  
grito feroz de la mudable turba,  
o que abandonas, lacio,  
la lanza el día en que el combate estalla,  
arrojando en los campos de batalla  
el escudo de Horacio?

¿Quién sabe?... Yo en el puerto,  
desde la húmeda playa,  
miré a lo lejos la argentada raya  
que el buque deja tras el surco abierto;  
mas no seguí tu estela,  
ni osé cortar del muelle el rudo cable  
para fiar mi vela  
al viento loco y a la mar inestable.  
¿Cómo hablar de tormentas no sufridas?  
¡Dejad que de ellas hable

el nauta audaz, cuya tostada frente  
quemó el sol de otras zonas no sabidas  
en busca de ignorado Continente;  
que a la borrasca negra  
venció en gigante lucha en mar remoto,  
y al puerto vuelve, que su vista alegre,  
deshecho el casco y el velamen roto!

¿Quién sabe?... Es el poeta  
fiel sacerdote que custodia oculto  
del viejo dogma el profanado culto,  
o es del lejano porvenir profeta.  
Es nube en la que arde,  
o el primer rayo de la nueva aurora,  
o el último destello de la tarde;  
y de su lira en la vibrante cuerda  
la canción ansia o llora,  
vaticina o recuerda.

Cuando la lucha arrecia  
entre los pueblos de Ática, levanta  
su voz Homero y las hazañas canta  
de la pasada Grecia;  
cuando en locas orgías  
Judá los dioses de metal adora,

retumba en los espacios vengadora  
la voz de Jeremías;  
en poema o idilio,  
recuerda a Roma, meretriz o esclava,  
su excelso origen, o del campo alaba  
la dulce y santa libertad, Virgilio;  
a los tiranos de su pueblo Dante  
condena en el Infierno a eternos duelos,  
y a su patria angustiada, agonizante,  
Milton abrió las puertas de los cielos.

No arroje, pues, tu mano  
flaca el acero y con injusto mote  
llames a la virtud un nombre vano,  
condenando tu patria al duro azote  
del vulgo necio o del audaz tirano.  
Cuando tu lira vibres,  
haz que en las almas libres  
la fe, el amor o el entusiasmo brote;  
marca su ruta al caminante incierto;  
muestra el redil a las dispersas greyes:  
sé como fue la nube del desierto;  
sé como fue la estrella de los Reyes.  
¡Poeta! tú, que labras  
hondo surco en las ánimas sencillas,

y arrojas a los vientos tus palabras,

cual fecundas semillas:

que no pasen cual ráfagas de estío

por los espacios tersos,

sino cual fresco y matinal rocío

de los cielos tus versos.

Y sé como el arbusto que levanta

su tallo entre las charcas cenagosas,

y el lodo vil, en que fijó la planta,

trueca en capullos y en fragantes rosas.

Carta

Al señor don Alfredo Weil, poeta

De la orilla del mar de Galatea,

junto al risueño golfo que aprisionan

de Diana el temido promontorio

y de Sagunto las sagradas rocas,

estas, que el ocio me dictó, os envió,

tributo de amistad, pobres estrofas.

Apenas vuelto a los paternos lares,

vi surgir ante mí, no ya la hermosa,

la enardecida poesía aquélla

de mis antiguas juveniles odas,

sino la triste musa del recuerdo

que las muertas imágenes evoca.

Con ella cruzo las ocultas sendas,  
oigo que gime en las murientes olas,  
pasa cantando entre el ramaje umbrío,  
vela al umbral de las pajizas chozas,  
me mira con la luz de las estrellas,  
me sonrío en las tintas de la aurora,  
reza conmigo en el callado templo,  
o ante las tumbas de mi amor se postra,  
y, sentada a mi lado, sobre el césped,  
cuando la tarde, al declinar, prolonga,  
sobre las aguas trémulas del río,  
de los gigantes álamos la sombra,  
con voz, que sólo en mi interior percibo,  
de mi alma traza la ignorada historia.

¡Musa de los recuerdos!

¡Aún con ella  
todo a mis ojos cambia, y todo cobra  
vida y color y movimiento!

¡Alegres  
campos de eterna juventud! ¡Fronosas

márgenes de los ríos, blanquecinas  
y festivas aldeas, pardas lomas  
coronadas de pámpanos, azules  
sierras lejanas que, unas tras de otras,  
la frente alzáis para lanzar al llano  
vuestras torvas miradas envidiosas!  
Inmenso mar y serenados cielos,  
todo en mí se concentra, en todo flota  
mi renaciente espíritu, y con todo  
busco, con ansia enamorada y loca,  
forjar y unir, con imposible intento,  
de la lira que amé las cuerdas rotas.

¡Ah!, si lograrse yo que enternecidas  
fueran voz de mis cánticos, la forma  
no imitaría, nebulosa y triste,  
de los vates germánicos. No llora  
aquí, soñando inasequibles bienes,  
la pasión del amor, fiera o medrosa.  
No desgarran nuestro ánimo las dudas  
del humano destino, y las zozobras  
del insondable porvenir. Las nieblas  
no enturbian el paisaje ni las pompas  
del horizonte espléndido. Los mares  
no se estrellan sombríos en las costas,

ni rueda el sol por los plumizos cielos  
como astro muerto de apagada escoria.

Aquí aún domina la riente Grecia;  
el mar Mediterráneo aún es la copa  
donde beben los dioses. Nuestras hijas  
aún guardan el troquel de aquellas mórbidas  
Venus de Fidias; nuestros fuertes hijos  
aún, contra el ágil luchador, la gloria  
disputaran del circo. En nuestros valles  
aún, al compás de rústica zampoña,  
la Égloga canta, y el amante Idilio  
aún a la sombra del frutal retoza.  
Va el pescador con las latinas velas  
sobre las aguas de la mar de Roma,  
y aún escucha la voz de las sirenas  
que desde el negro escollo le provocan.  
Bajo el cristal de las serenas fuentes  
las invisibles ninfas tejen solas,  
cuando la luna en las tranquilas noches  
va a bañarse en sus aguas temblorosas.  
Y Apolo vuelve al despuntar el día,  
los caballos flamígeros azota,  
y cruza el mar, las tierras y los cielos  
de pie sobre su carro de victoria.

Por eso, dulce, inolvidable amigo,  
hijo yo de los héroes y las diosas,  
quise, aunque en vano, de mi noble stirpe  
dignas hacer mis olvidadas trovas.  
Como el desdén al amador incita,  
tal me enloquece a mí la veleidosa  
musa gentil que cortejé mancebo  
y que hoy me esquivo y de mi afán se mofa.

Yo intentaré ablandarla con mis ruegos,  
y, cuando lleguen las temidas horas  
de la infecunda ancianidad, quisiera  
por estos valles y apacibles frondas,  
viejo Sileno, con la sien ceñida  
de húmeda yedra y de marchitas rosas,  
ir guiando el tropel de espigaderas,  
cuando el fuego estival la mies sazona  
y, a la vendimia, en las alegres danzas  
saltar cogido a las garridas mozas.

Rimas

- I -

A orillas del ancho río  
se levanta un árbol muerto,

que arraiga en húmeda tierra

y alza los brazos al cielo.

¿Para qué pasan las aguas

su pie nudoso lamiendo?

¿Para qué las tibias brisas

de abril le prodigan besos?

¿Para qué en las ramas secas

detiene el pájaro el vuelo?

Ni henchirá el tronco la savia,

ni hojas moverán los vientos,

ni el dulce fruto o el nido

hallará el ave allí dentro.

.....

¡Savia, frutos, nidos, hojas!

¡Vida, amor, nobles intentos!

- II -

Para saltar las piedras del torrente

que a nuestros pies bullía,

sobre mi mano ardiente

puso su mano fría.

Breve instante las aguas cristalinas

copiáronla en su centro,

como si aún las ondinas

morasen allí dentro.

Hoy, cuando cruzo la corriente a solas,  
aún el raudal de plata  
de las trémulas olas  
miro si la retrata.

- III -

¿Porque a la cumbre de la ciencia subes,  
juzgas que no te engañas?  
¿Quién no creyó montañas a las nubes  
y nubes las montañas?

- IV -

Al río Valira

Detrás del tronco del añoso sauce  
el soldado español puesto en acecho  
ve indiferente su sangrienta fauce  
cómo hunde el lobo en su raudal estrecho.  
Pero si un hombre al codiciado cauce  
baja, su bala le atraviesa el pecho.  
Que hoy nuestra raza, en la que el odio impera,  
niega al hermano lo que da a la fiera.

- V -

Nuestras ideas y pasiones copia

la mujer en su alma;  
mas la rudeza varonil endulza  
y suaviza al copiarlas.

Así la luna en los dormidos cielos  
brilla con luz prestada;  
pero el fuego del sol que la ilumina.  
trueca en rayos de plata.

- VI -

Callad ya, sonoras trovas.  
Laúd, permanece mudo.  
Morid, risas, con que necio  
la orfandad del alma insulto.  
La vid con alegres pámpanos  
preserva los tiernos frutos  
del rayo del sol, del viento  
y de los chubascos turbios;  
mas si el labriego la priva  
de sus racimos maduros,  
al soplo del cierzo entrega  
la vid sus pámpanos mustios.

- VII -

De tu hipócrita fe roto ya el velo,

hoy con vergüenza mi pasión escondo.

Fingir supiste el amoroso anhelo,  
cual copiar sabe el cenagoso fondo  
de charca vil la claridad del cielo.

- VIII -

Cruzaba contigo el valle  
a la hora en que las últimas  
luces de la tarde el cielo  
con rojas tintas alumbran,  
cuando, al llegar a la fuente  
que bajo el nogal murmura,  
encontramos a una hermosa  
gitanilla vagabunda.

-«¿No querrá el buen caballero  
que en las líneas que se cruzan  
sobre su diestra, adivine  
cuál es su suerte futura?»

Tendí mi mano riendo,  
mientras que, con honda angustia,  
tú interrogabas los ojos  
de la pitonisa muda.

-«Vos iréis -dijo la maga-  
de un soñado bien en busca,  
loco tras de un imposible.

que no habéis de lograr nunca.»

Yo escuché entonces un leve

suspiro del alma tuya

pasar llevando en sus alas

la afirmación de tus dudas.

-«Vos iréis por luengas tierras,

juguete de la fortuna,

hasta que en lejanos climas

una hermosa niña rubia

os aprisione en los lazos

de aquel amor que no dura

más que lo que duran breves

la juventud y hermosura.»

Tú doblaste sobre el pecho

la pálida frente mustia,

y apoyaste sobre mi hombro

las trémulas manos juntas.

-«No fiéis del falso amigo

que el traidor puñal aguza,

ni de la mujer querida

que miente el amor que os jura.»

En sollozos comprimidos

rompió al fin tu pena aguda,

y de tus nublados ojos

cayó el llanto en blanda lluvia.

Sentados junto a la fuente  
nos vio la naciente luna,  
oprimiendo con mi brazo  
yo tu delgada cintura,  
doblando tu la cabeza  
entre risueña y confusa,  
y escuchando estas palabras,  
que ojalá no olvides nunca:  
-«El porvenir de mi vida  
sólo ha de ser obra tuya:  
tu amor sencillo y eterno  
será mi buenaventura.»

- IX -  
A...

Nunca sabrás tal vez que yo te adoro;  
nunca tú en mi semblante  
verás las huellas del amargo lloro  
del dulce lloro que por ti derramo,  
ni mi labio arrogante  
nunca osará esta frase, que devoro,  
junto a tu oído pronunciar: «Te amo.»

- X -

En las grietas de la vieja torre

polvo al pasar el huracán dejó;  
trajo el ave en su pico la semilla;  
cayó la lluvia y, cuando vino el sol,  
entre las piedras de la torre antigua  
brotó una flor.

Tú has sido para mí, niña inocente,  
el viento, el ave que pasó veloz,  
la gota de agua, el sol de primavera  
cuya fecunda y misteriosa acción  
entre las ruinas de mi ser engendra  
nuevo el amor.

- XI -

¿Ves esa lámpara triste  
que en la olvidada capilla  
del viejo templo cristiano,  
junto a la Virgen bendita,  
las sombras apenas vence,  
pero inalterable brilla?  
Siglos hace que sus rayos  
ante la imagen vacilan;  
siglos vendrán... y ella siempre  
arderá blanca y tranquila.  
No alumbró nunca el insomnio

de desvelada codicia,  
ni la estremecieron nunca  
los cánticos de la orgía.  
Clara estrella sin ocaso,  
como la del Norte, fija;  
sagrada luz que no muere  
cual muere la luz del día.  
Amor la encendió, y de entonces  
el devoto amor la cuida;  
y, símbolo de una eterna  
pasión, única y sencilla,  
vivirá mientras la imagen  
a que da sus lumbres, viva.

.....

Yo sé de un alma que arde  
por ti en casto amor, oh niña,  
como la lámpara triste  
de la olvidada capilla.

- XII -

Si la humana razón con lumbre intensa  
el fondo incierto de las causas busca,  
la duda engendra, que, cual niebla densa,  
al alma envuelve y la conciencia ofusca.

Cuando el sol tropical sobre el inquieto  
Ponto su rayo vibrador envía,  
no alumbra el fondo de la mar secreto;  
pero engendra el vapor que enturbia el día.

- XIII -

Con venenosa mentira  
quisieron turbar la calma  
con que tu pecho respira;  
pero el rayo de su ira  
murió en la paz de tu alma.

Si arrojáis, acaso, alguna  
piedra en el estanque lleno,  
baja hasta hundirse en el cieno,  
y el cristal de la laguna  
torna a cerrarse sereno.

- XIV -

Del lodazal de la tierra  
el sol, con cálidos rayos,  
sabe engendrar los vapores  
que llevan por los espacios  
la grande voz de los truenos  
y el brillo de los relámpagos.

Los tenues vapores grises  
que enturbian los cielos claros,  
al soplo del cierzo frío  
en blanda lluvia trocados,  
bajan de nuevo a la tierra  
para convertirse en fango.

Alma mía, cuando el fuego  
te abrasa, del entusiasmo,  
libre hasta, los cielos subes;  
pero, cuando el desengaño  
te hiere frío, descienes  
triste a la cárcel de barro.  
Odas

Jesucristo

¡Paz en la tierra! El águila romana  
tras largos vuelos retornó a su nido  
la rica presa a devorar ufana  
de todo un mundo a su poder vencido.

¡Paz en los anchos mares!

Ya el marinero, cual debida ofrenda,  
cuelga la húmeda vela al negro muro  
del templo de sus dioses tutelares.

Ciñe la frente Octavio

de verde oliva, símbolo de paces,

y a una señal de su potente mano  
dóblanse al suelo las sangrientas haces,  
las puertas cierra de su templo Jano.

Del César con la púrpura ceñida,  
diadema de cien reyes por corona,  
al arrullo del Tíber adormida  
Roma descansa, la imperial matrona.  
Grecia sus dioses le donó, el Oriente  
la púrpura y el oro,  
Cartago el mar, la Iberia su valiente  
pueblo sin paz, temor de las naciones,  
Italia noches de placer serenas,  
y sus manchados tigres y leones  
Libia mandó del circo a las arenas.

¿Qué tiene en tanto la ciudad señora  
que en el lecho de flores duerme inquieta?  
¿Por qué, su origen recordando, llora  
en dulces versos su inmortal poeta?  
¿Por qué siente ese frío  
dentro del corazón, y el pueblo todo  
se estremece en el circo en miedos vagos?  
¿Le trajo el viento del clarín del Godo  
el son que anuncia mortandad y estragos?

Es que trocó su fe por loco orgullo;  
es que manchó su túnica de lodo,  
y el ¡ay! del moribundo fue su arrullo:  
por eso siente el corazón beodo  
débil latir y su energía brava,  
que en el vacío del placer se abisma:  
reina del mundo y de su orgullo esclava  
negó el Olimpo y se adoró a si misma.

¿Dónde la Fe? Perdida la esperanza  
que con místico lazo al cielo unía,  
huérfano el hombre queda;  
y el mundo a la ventura,  
ya de la duda entre la niebla fría,  
ya de la nada entre la noche oscura,  
lejos del sol de las verdades rueda.

La Fe está allá: colinas aromosas  
cubiertas de racimos,  
rientes valles, noches misteriosas,  
dulces frutos opimos;  
sombra de las palmeras,  
céfiros de las tardes calurosas  
que dais suspiros vagos,  
torrente aprisionado en las laderas

que te derramas en tranquilos lagos,  
monte que guardas a tu pie la aldea,  
ahí en vosotros, misterioso, es donde  
el germen sacro de la Fe se esconde  
que al mundo absorto mostrará Judea.

Vírgenes de Sión, que en la llanura  
ceñidas de guirnaldas,  
dais a los soplos de la tarde pura  
el canto alegre y las flotantes faldas,  
¿Por qué la voz que suena en la floresta  
se cambia en un suspiro?  
¿Por qué bajo las galas de la fiesta  
la palidez de los insomnios miro?  
¿Por qué en el templo por la noche vela  
el sacerdote sobre el libro santo  
y descifrarle anhela,  
y estremecido, a par de su salterio,  
modula en dulce, incomprendible canto,  
palabras de esperanza y de misterio?  
Es que se cumplen los sagrados días:  
alzan, hombres, las frentes;  
digan sus alegrías  
los montes, las llanuras, las ciudades,  
que llega el esperado de las gentes,

que llega el prometido en las edades.

En su inclinada frente pensadora

la luz de Moisés brilla:

es Jeremías cuando triste llora,

es Isaac en la piedad sencilla.

De Job la mansedumbre

y de Josué el valor en sí atesora;

le sigue en pos la inmensa muchedumbre

de un pueblo que le adora.

De las montañas sobre el ardua cumbre

brotó esa voz de su inspirado labio,

que es en la noche de los tiempos lumbre,

miedo del fuerte y confusión del sabio.

Decid, ¿cuál es su misterioso nombre?

Nadie lo sabe, y claro se adivina

al ángel tras el hombre,

y en la cárcel de barro alma divina.

¡Mejor que el hombre le conoce el mundo!

ved cuál se extiende alfombra de sus plantas

el ancho mar profundo.

Mensajeros de Dios, los mansos vientos

van a decirle sus palabras santas

con flébiles acentos.

De invisibles cantores la armonía

le saluda a su paso,

y es la aureola de su frente el día

muriendo en el ocaso.

La creación ante sus pies rendida

no opone a su poder, poder más fuerte:

Él solo ha sido origen de su vida,

sólo Él será la causa de su muerte.

¿Queréis saber quién es? En lo futuro

clavad vuestra mirada.

¿Qué apereibís en ese fondo oscuro

do va a brotar un mundo de la nada?

Errantes por los ásperos senderos

hombres extraños miro,

y en la ciudad, del campo en los linderos

dan al viento un suspiro.

Muchedumbres inquietas

en torno suyo su palabra escuchan.

Oigo su voz, que es voz de los profetas,

y combaten y luchan.

Y el siervo ha rechazado el torpe yugo,

y el hombre igual al hombre se levanta,

y se convierte en víctima el verdugo

que más la vida que la muerte espanta.

Nada vale el furor de las legiones,  
nada la hoguera que encendida humea,  
nada el poder del solio,  
nada del circo hambrientos los leones,  
a detener la marcha de la idea  
que sube al Capitolio.

[...]

Y hubo noche de sombra y de misterio;  
se oyó estertor de un mundo que moría,  
desolación y asombros;  
y del romano imperio  
viéronse sólo en el siguiente día  
los sangrientos escombros.

[...]

Y luego voces de contento suenan,  
y ante la cruz rendidos,  
los siglos con los siglos se encadenan  
lejos, allá en la eternidad perdidos.

¿Le conocisteis ya? Sobre la tierra  
fija la firme planta;  
con abrazo de amor al orbe cierra;  
su frente hasta los astros se levanta.  
Viene a llenar el insondable abismo

del corazón del hombre.

Sólo igual a sí mismo

no tiene patria ni conoce nombre.

Es la santa creencia,

es la oración del religioso labio;

en Él concluye el libro de la ciencia.

Él es el solo sabio.

La creación sus galas le prepara.

Nadie a su ley contrario

con torpe duda su piedad ofenda:

en su Templo de Paz la tierra es ara,

el corazón del hombre rica ofrenda,

el cielo el santuario.

[...]

¿Qué hizo el mortal? El día se oscurece,

del Gólgota en la cumbre solitaria so

de Dios el hijo con baldón perece:

no alcéis por Él la mística plegaría;

tras breve muerte romperá el sudario.

[...]

¡Ay del que brinda amor a los humanos!

El hombre, en cambio de su bien, ofrece

una Cruz y un Calvario.

Al eclipse de 1860

¡Volad, volad por la extensión vacía,  
astros de plata y oro,  
cruzando el curso y enlazando el vuelo,  
como en la arena de la Grecia un día  
sobre el carro sonoro

ágil cretense en rápida porfía,  
con rueda igual y devorando el suelo,  
a par del jonio pertinaz corría!

¡Volad, volad con insaciable anhelo,  
Sol que iluminas con triunfal decoro,  
Luna que imperas en la niebla fría,  
por la carrera olímpica del cielo!

¡Astros, volad, como dispersa hueste  
de luminosos ángeles vencidos,  
que blanca sueltan la ondulante veste!

¡Id, id, como impelidos  
por el dedo de Dios, buscando en vano  
linde a la inmensidad; y ora encendidos  
sobre la triste noche

de luz verted las argentadas olas,  
ora apagados, pálidos, sin rastro,  
los desiertos sin fin cruzando a solas,  
id por la sombra lúgubre perdidos!

Bien en tomo de un sol, inmóvil astro,

cual mariposas a la luz, ¡oh! mundos,  
rodad de niebla o de claror teñidos;  
bien, agitando vuestras ígneas colas,  
cometas, id, cual rápidos bridones  
de destrenzadas crines,  
donde el Querub cabalga, a las naciones  
despertando al vibrar de cien clarines  
Todos, brillando en las azules cumbres  
o en las etéreas sendas,  
del campamento sed las rojas lumbres,  
do armado siempre Dios, vela en las tiendas.

¡Ay, si una vez, entrecruzando el rumbo,  
como en la ciega tempestad dos naves  
que arroja el loco mar de tumbo a tumbo,  
chocáis rompiendo el eje diamantino!  
Iréis, náufragos astros,  
cual buques sin timón y sin marino,  
siempre al azar, abandonados, solos,  
cortando el viento, como rotas quillas,  
con los truncados polos,  
por ese mar sin fondo y sin orillas,  
al soplo eterno de los euros dando  
rasgadas las marchitas aureolas,  
cual rotas velas del bajel precito,

hasta que el casco arrastrarán jugando  
del éter blando las volubles olas  
en la playa a encallar del infinito.

Y será, sí, será: muda la tierra  
trémula aguarda el anunciado instante  
en que a la antigua guerra  
tornen Luz y Tinieblas, como un día  
en los senos del Caos inconstante.  
Ved cómo el astro de la niebla fría  
pálido avanza hacia el cenit. La noche  
mueve a par suyo las nubladas alas  
tachonadas de estrellas;  
y van los Sueños en redor. Sus galas  
ostenta el Sol, como encendido broche  
del manto de su Dios, y las centellas  
de enrojecida lumbre  
lanza a la inmensidad, reinando solo  
del horizonte en la desierta cumbre.  
Silencio en torno y majestad: se inclina  
Dios a escuchar la sin igual batalla;  
el astro al astro lento se avecina,  
y el hombre, polvo vil, pasmado calla,  
átomo inútil de tan gran ruina.

¿Qué será?, ¿qué será? Cuando el Profeta  
en la ancha plaza al pueblo le decía  
siniestro el porvenir, la plebe inquieta,  
prodigios viendo, estremecida ola.  
Nublábanse los cielos,  
y del destino al desgarrar los velos  
el hombre audaz con temblorosa mano,  
del sol sangriento en las marchitas lumbres  
de un Dios lela el pavoroso arcano.  
Hoy, cual las muchedumbres  
antiguas, tiemblo yo. ¿Do estáis, en dónde  
augur de Grecia o sacerdote hebreo?  
¿Cuál es el que se esconde  
hondo misterio en el que en vano leo  
libro de sombra y luz? No la sibila  
muerta, o el mudo oráculo responde;  
que el idioma del cielo olvidó el mundo,  
y por ciencia maldita  
trocando el hombre la divina ciencia,  
en el banquete de su orgullo inmundo  
ya no descifra, por su Dios escrita,  
Daniel, de los humanos la sentencia.

Como ojo moribundo,  
¡cuál palidece el astro de topacio

bajo el caído párpado de niebla!  
Mézclanse Noche y Día, y el espacio  
consorcio infame puebla  
de luz opaca y luminosa sombra,  
viéndose al par en confusión extraña  
la Aurora en el Oriente suspendida,  
que el mar naciendo baña;  
y, detenido el paso,  
coronando rojiza la montaña  
la lumbre del Ocaso.  
Sobre la tempestad de opacas tintas  
que finge el cielo, el Iris  
de oro, grana y azul suelta las cintas,  
y el mar muge o se duerme, y trina el ave  
o al nido torna, en tanto que la brisa  
de primavera suave  
lucha de invierno con el cierzo frío,  
y el cáliz cierra o ábrelo indecisa  
la flor sedienta a un alba sin rocío.  
El corazón del hombre  
opreso goza en la alegría triste  
de una pasión sin nombre;  
absorto al cambio universal asiste,  
y ve nuevos el mar, la tierra, el viento,  
nueva la luz que el firmamento viste,

nuevo el mundo en redor, trocado todo;  
que Dios la esfera bosquejó un momento  
con nuevas formas modelando el lodo;  
no le plugo después, sopló... y no existe.

¡Oh! ¡Tinieblas, tinieblas! Ved; se asombra

muda la tierra en la profunda noche  
con que se envuelve la extensión vacía.

Pasa Dios, y su sombra

es la que enturbia luminoso el día:

sí; juntos Luna y Sol, ruedas del coche  
son en que vuela y al que uncir le plugo  
bajo del mismo yugo,  
blanco y negro corcel, la Luz y el Caos.

Mirad; el Sol ha muerto:

de su disco encendido y refulgente  
por el cielo desierto

inútil rueda la apagada escoria,  
y aún el vago esplendor lleva en la frente  
dios destronado, de su antigua gloria.

La aciaga profecía

del fin cercano y mísero del mundo  
cumplida viendo, el águila de Patmos  
las alas bate entre la niebla fría  
volando a un nuevo porvenir profundo.

Satán, que la audaz saña  
de los vencidos ángeles renueva,  
es quien con hueste nebulosa empaña  
el claro azul que a conquistar la lleva;  
y, última acaso, la primera lucha  
del Bien y el Mal, por decidirse, estalla,  
y atento el hombre al fin de la batalla  
la sombra mira y el silencio escucha.

¿Quién triunfará? La desdeñosa niebla  
mancha la tierra, y desde el mar de Atlante,  
que alza y deprime sin mugir las olas,  
hasta el desierto que de tiendas puebla  
la caravana errante,  
do se alzan las pirámides a solas,  
tiendas también que abandonó en la arena  
una aurora, al partir, pueblo gigante,  
doquier la voz de los espantos suena,  
doquier se elevan tímidos los ojos.

¿Quién triunfará?... -¿No veis? Rota ya, rota  
la niebla, salta en torbellinos rojos,  
fuente de luz que de los astros brota.

¡Es Dios, es Dios! ¡Hosana! ¡hosana! ¡hosana!

Con la primera luz bajó a la tierra  
tal del Edén en la primer mañana,

y tal, vibrando enojos,  
el día aciago que los tiempos cierra,  
vendrá otra vez sobre la raza humana.  
Luz, nueva luz, eléctrica volando  
baña la inmensidad, los mundos baña:  
así brillaba cuando,  
recién salida de la antigua sombra,  
por el mar, por la selva y la montaña,  
del ancho campo por la verde alfombra,  
por las sonantes ondas del gran río  
pasé, pasó jugando,  
vida, y colores y matices dando  
desde las tenues gotas del rocío  
hasta a los orbes de su eterno coro.  
Caída de los cielos  
duda la Sombra en movimiento blando,  
y huye vencida en desgarrados velos  
ante las flechas de oro  
que de arco tenso arrojan los querubes  
Aún entre informes nubes  
lucha Satán, cuando el Arcángel vuela  
con ímpetu sonoro,  
ciñendo diamantina su armadura:  
el sol de fuego embraza por rodela,  
el haz de rayos como lanza vibra,

y en su antro hundiendo a la Tiniebla impura,  
de nuevo al Cielo amenazando libra.

¡Triunfó el Señor! ¡Enalteced su nombre!

Pero, tras de su gloria  
que desborda el espacio rutilante,  
himnos de orgullo tributad al hombre.

Él anunció el instante:

lo dijo y fue. Su voz en las edades  
que raudas vuelan señaló el momento;  
su temblorosa mano  
marcó el lugar del ancho firmamento;  
su ojo tranquilo descifró el arcano.

Él los secretos de su Dios espía,  
y sabe, alzando el rostro al horizonte,  
qué mundos pueblan la extensión umbría,  
y conoce sus sendas;

que desde el fausto día  
en que el carro del sol lanzó a Faetonte,  
empuñó audaz sus luminosas riendas.

No intenta ya, como en su origen quiso,  
alzarse, igual a Dios, frágil arcilla:

hoy la fe redentora en su alma brilla,

hoy vuelve al Paraíso.

Como en los bosques del Edén, entabla

coloquios con el Cielo su alma inquieta;  
y los secretos de la ciencia le habla  
con la voz del poeta.

Rescatando ya Adán, todo lo sabe:  
Dios le llevó consigo,  
y el gran misterio de los mundos, grave,  
amigo fiel, lo reveló a su amigo.

María

Con las sedas de Persia mal velados  
el seno impuro y la marmórea espalda,  
y al par mustios y ajados  
el color de la tez y la guirnalda,  
que en el festín ciñó, de húmeda yedra,  
la matrona del Lacio,  
las rosas ve con que el umbral de piedra  
cubre de su palacio  
cada noche el amor, de su honra insulto;  
mézclase al coro de los himnos griegos,  
que a Isis consagra el vergonzoso culto,  
y murmurando sáficos de Horacio,  
del circo acude a los sangrientos juegos  
o ama del foro el popular tumulto.

La esposa del germano

desde el Danubio al Elba  
su prole lleva en el sangriento carro  
de las batallas, por la inmensa selva;  
ella el muro de barro  
alza, que el campo de su pueblo guarde;  
ella entona las místicas endechas  
cuando, al morir la tarde,  
la hueste el bosque consagrado cruza;  
ella el haz de las flechas  
sobre las aras del Irminsul aguza  
o en ponzoñosas yerbas lo envenena;  
para aplacar del cielo los enojos,  
ella coge la pálida verbena  
que en toscos altares tributa,  
y en la noche los míseros despojos  
de la cruel victoria ella disputa  
al voraz buitre o a la inmunda hiena.

Con los rebaños del botín vendida  
y abandonada en el harén sombrío,  
la hija del Asia vierte en el vacío  
las lentas horas de su inútil vida.  
Nació sin patria en las movibles tiendas,  
creció sin padres, sucumbió sin duelo;  
la religión desdeña sus ofrendas

y el casto amor nególe su consuelo.

Así al azar del viento su semilla  
dando la flor del loto,  
abre del Ganges en la verde orilla  
las trémulas corolas,  
hasta que el tallo roto  
llevan al mar remoto  
del turbio río las dormidas olas.

Tal la mujer, cuando la luz augusta  
del cristianismo en el Oriente asoma:  
fiera en los bosques de Germania adusta,  
esclava en Asia y meretriz en Roma.

No así la que sesteá  
sus rebaños de cabras en las grutas  
de las pardas montañas de Judea;  
la que adorna su sien con las guirnaldas  
de las campestres flores, y las frutas  
maduras lleva en las cogidas faldas;  
la que en el pozo bíblico, a la sombra  
de las verdes palmeras,  
llena el ánfora frágil, y al que nombra  
tierna en el corazón buscan sus ojos;  
la que gula el tropel de espigaderas

por los largos rastros;  
la que lava los pies del peregrino,  
y al huésped de una noche  
da la miel blanca y el dorado vino;  
la que esparce en el templo los aromas,  
y sobre el ara santa  
deja en ofrenda trémulas palomas,  
o el himno dulce de Isaías canta;  
la que al pie de las lomas,  
bajo de los granados,  
baila al compás del címbalo sonoro,  
y con ajorcas de oro  
alza a la sien los brazos encorvados;  
la que teje las redes  
del pescador del mar de Galilea;  
la que en la pobre aldea  
hila el vellón del cándido cordero;  
la que trepa a las cumbres  
de Bairad por el áspero sendero  
y ve, del sol a las murientes lumbres,  
cómo cierran su patria bendecida  
sin rumor y sin olas el mar Muerto,  
del Líbano feraz la frente erguida  
y el arenal confuso del desierto.

Tal fue la prometida  
en los antiguos cánticos. Con ella  
soñó en el cautiverio  
del pueblo fiel la cándida doncella,  
y en las sagradas noches de misterio  
creyó el Profeta adivinar su nombre  
en las lánguidas notas del salterio.

Tal fue la hija del hombre,  
hoy desposada de Jehová. Tal era  
la que en los días de la edad primera  
el cielo escoger quiso,  
porque al nieto de Adán de nuevo abriera  
las puertas del perdido Paraíso.

Tal fue la última rama  
del tronco de Judá. Su débil mano,  
de los siglos de hierro y de venganza  
el cielo infame para siempre cierra,  
y acaba en el arcano  
de renovada y mística alianza  
el divorcio del cielo y de la tierra.

Rosa del campo y lirio de los valles;  
humo de incienso y mirra;  
fuente que brota en las umbrosas calles  
de los manzanos verdes;

bella, cual de Cedar las blancas tiendas;  
corza, cuando en las sendas  
del monte Hermión o de Samir te pierdes:  
tu pecho es cual racimo  
de los viñedos de Engadí; tu cuello,  
como la ebúrnea torre,  
do clava el sol el último destello;  
tu boca es fruto opimo,  
tu voz es miel que corre  
de panal comprimido, y tu cabello  
de las palmas de Elath tierno retoño.  
Son rojas tus mejillas,  
cual las dulces granadas del otoño;  
son tus ojos cintillos de esmeraldas;  
tu frente virginal cisne en el baño,  
y son tus blancos hombros cual rebaño  
que del monte Galaad pace en las faldas.  
Tal, simbólica imita,  
en los huertos de nardo y de azahares,  
a María, la hermosa Sulamita,  
la esposa del Cantar de los Cantares.

Vedla sobre las cumbres  
de Oriente alzarse espléndida y serena,  
ceñida de albas lumbres,

en sus manos la mística azucena,  
coronada la frente de astros de oro,  
la luna al pie, y el coro  
de los almos querubes  
con las abiertas alas  
llevándola en el trono de las nubes.  
Tal avanza. A su paso  
huyen del bosque las errantes ninfas,  
muere en el mar la voz de las sirenas,  
desparece en las linfas  
del claro arroyo la voluble ondina,  
Juno depone el cetro,  
la musa olvida el cadencioso metro  
de los festines lúbricos, su danza  
torpe suspende la bacante impura  
junto al altar de Venus Citerea,  
y otra aurora de amor y de esperanza  
logra encender, tras de la noche oscura  
del mundo, al fin, la Virgen de Judea.

¡Aurora del amor! ¡La humana historia  
no registró en sus páginas severas  
suceso igual, de tan inmensa gloria!  
Hoy huellan nuestras plantas  
polvo de veinte siglos, que han rendido

culto ferviente a sus virtudes santas,  
Que ella endulzó del mártir la agonía.  
a ella invocaba el demacrado asceta  
en la gruta sombría;  
a ella la virgen púdica decía  
los secretos recónditos del alma;  
a ella en la mar inquieta  
pidió el marino la propicia calma;  
a ella acudió la madre dolorida;  
ella inspiró los versos del poeta;  
ella sobre las cumbres  
abrió al cansado caminante asilo;  
ella aplacó las locas muchedumbres;  
ella reinó sobre el hogar tranquilo.  
Su imagen fue de las sagradas guerras  
señera no vencida,  
guarda de nuestras tierras,  
gloria a las glorias de la patria unida.  
Del castillo feudal a la cabaña,  
del palacio al tugurio,  
del numeroso pueblo a la montaña  
fue su bendito nombre  
símbolo fausto y bienhechor augurio,  
fe y esperanza y caridad del hombre.  
Por eso en sus altares

depuso el héroe triunfador su acero,  
el poeta el laurel de sus cantares,  
la madre su dolor, la virgen flores,  
el pastor la escogida entre sus greyes,  
el piloto el timón que abrió los mares,  
la infancia sus amores  
y la ambición los cetros de los reyes.  
[...]

Cuando en la puerta gótica del templo  
las estatuas severas y tranquilas  
de los antiguos mártires contemplo  
abrirse en dobles filas;  
por las arcadas de la ojiva alzarse  
la legión de los ángeles, y dentro,  
sobre el dintel oscuro,  
a la madre de un Dios, triste, en el centro  
Yo, pecador impuro,  
que salen a mi encuentro  
las perdidas virtudes me figuro;  
y humilde entre las gentes  
por la ancha nave de la iglesia entro;  
la mofa impía arrostro  
de la mentida ciencia; donde brilla  
tu imagen dulce, ¡oh virgen sin mancilla!,

reverente me postro  
con tierno afán, con filial cariño,  
y repitiendo mi oración de niño  
siento inundarse en lágrimas mi rostro.

A la patria  
Con motivo de la guerra civil

Fingid que el deshonor turbia y desdora  
la venerada frente  
de la que el ser os dio; que al torpe insulto  
alzar no osáis la mano vengadora,  
flaca y cobarde ante el oprobio oculto;  
y cuando estéril os devore la ira  
y la vergüenza el alma os taladre,  
sabréis qué musa mí canción inspira  
a España, que es mi mancillada madre.

¡Musa es también la indignación!... ¡Oh gloria!  
Cuando en cercanos juveniles días  
yo, de la patria historia  
las páginas brillantes o sombrías  
trémulo recorrí, de España el genio,  
atónito, a mis ojos  
se alzó y aún guardo su febril memoria.

Él, numen sacro de la Patria, él era  
quien enfrenaba el paso  
del río en la pradera,  
lamentando el cantar de Garcilaso,  
o en la guerrera trompa  
vibraba el himno triunfador de Herrera;  
él, quien el áureo brillo  
y de los cielos la innarrable pompa  
trasladó sobre el lienzo de Murillo,  
y dando a Cano su fecundo soplo,  
como del barro Dios, del mármol rudo  
héroes formaban al golpe del escoplo.  
Por su pálida frente la indecisa  
sombra de los gigantes  
sueños de Calderón cruzaba adusta,  
y vagaba en sus labios la sonrisa  
inmortal de Cervantes.  
Para surcar la augusta  
soledad de los mares no sabidos,  
Colón guiaba sus audaces quillas;  
para domar vencidos  
en pavorosas lides  
los pueblos todos, con horrendo estrago,  
broquel y espada diéronle los Cides  
y su corcel Santiago.

Y en cuanto el mar abarca,  
y en Cuanto el sol corona,  
las razas le aclamaron por monarca  
del mar de hielo a la abrasada zona.  
Que él sojuzgó la América en Otumba,  
hundió al Asia en Lepanto,  
abrió en Las Navas de África la tumba,  
y fue en Pavía de la Europa espanto.  
Escritas fueron en su altivo idioma  
de dos mundos las leyes.  
Él dio a los pueblos reyes  
y Césares a Roma.  
Para guardar sus valles  
fió a Guzmán las puertas de Tarifa,  
y dio al vasco el peñón de Roncesvalles.  
Y antorchas de su gloria,  
sobre el pasado oscuro  
de veinte siglos, colocó a distancia,  
para alumbrar su historia,  
de Zaragoza el incendiado muro  
y las eternas llamas de Numancia.  
  
Dios coronó de mieses sus llanuras,  
de bosques sus montañas;

dio a sus valles rumores y espesuras;  
guardó de los metales el tesoro  
del monte en las graníticas entrañas,  
y sobre lechos de oro  
adormeció las ondas de sus ríos.

Dios ciñó con guirnaldas  
de entrelazadas vides sus colinas,  
derramando en las faldas  
la plata de las fuentes cristalinas.

Tachonó de topacios  
la sombra de sus noches estrelladas,  
llenando los espacios  
de eterno azul con brisas perfumadas;  
y ceñida de luz y resplandores,  
coronada de rosas y azahares,  
cual la diosa gentil de los amores,  
surgió España del beso de dos mares.

¡Hoy!... La vergüenza muda  
puesto en los labios el discreto dedo,  
silencio exige a mi palabra ruda.  
¡Hoy! Cuando el llanto anubla mis pupilas,  
yo, con afán incierto,  
me pregunto, en mis horas intranquilas,  
si en tu recinto, España,

la fe, el honor y la virtud han muerto.

No es tu raza esa impura  
turba que arrastra por sangrientas charcas,  
Patria infeliz, tu regla vestidura,  
ciñendo, en vez de tu severa toga,  
el manchado disfraz de la locura.

No se engendró en tu seno  
quien, si en el mar, do boga,  
de la codicia y la ambición, se anega,  
a las turbadas olas  
la honra, cual carga peligrosa, entrega.

No nació de matronas españolas  
esa prole pigmea  
que en torno a la tribuna del sofista  
ebria le aplaude o gárrula vocea.  
Ni se forjó tu espada de conquista  
para las flacas manos  
que hoy blanden el puñal, que rojo humea,  
tinto en la sangre ¡oh Dios! de los hermanos.

Repudia, oh Patria, la villana escoria  
que el claro brillo de tu estirpe amengua,  
que ella rompió tu pacto con la gloria;  
no sabe de tu honor, ni habla tu lengua.

Pastor que guías las nevadas greyes  
de la ardua sierra a los tendidos llanos;  
tosco labriego que con tardos bueyes  
rompes los anchos campos castellanos;  
tú, que pueblas con vides las laderas;  
tú, a quien sus frutos de oro  
dan el naranjo umbroso y las palmeras;  
tú, que audaz buscas en remotas zonas  
el ganado tesoro,  
fiando al mar las combatidas lonas;  
virgen que con el lloro  
riegas hoy tus marchitas alegrías;  
viejo soldado que en la pobre aldea  
cuentas al nieto, en el hogar oscuro,  
las victorias sin mancha de otros días;  
madre infeliz, que sobre el pardo muro  
de la iglesia desierta,  
doliente apoyas las mejillas frías:  
todos cercadme, y cual sagrado coro  
clamad: -«¡Oh Patria, a quien lloramos muerta!  
Patria, caída en afrentosas luchas;  
Patria, si nos escuchas,  
álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!»

A la patria  
Con motivo de la terminación de la guerra civil

No siempre, ajena a tu pasión ilusa  
pero no a tu dolor, oh Patria mía,  
verás muda, y sombría,  
y esquiva y fiera a mi ignorada musa.

No siempre en noble ira  
su balbuciente labio  
responderá a la voz de la mentira  
con el silencio o con el duro agravio.  
Hoy, depuesto su enojo, a la confusa  
turba gozosa uniéndose, su canto  
mezcla del pueblo al jubiloso grito,  
y aún en su rostro pálido y marchito  
brillan las risas a través del llanto.

¡No, no es el himno triunfador! No temas,  
Patria, que en las supremas  
horas de tu aflicción, cuando el tributo  
de las lágrimas tristes  
baña tu faz, y cuando el negro luto  
por tantos hijos que murieron vistes,  
no temas que implacable  
ella con dulce estrofa,  
como en villana mofa,  
de honor, de gloria y de laureles te hable.  
Cuando en un pueblo estalla

la lucha fratricida,  
no va sobre sus campos de batalla  
la audaz Victoria del Honor seguida:  
va el Pecado no más, va la proterva  
desolación, y un eco sobrehumano  
clama en los aires con palabra acerba:  
«Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

¿Quién, pues, que noble sea  
de triunfos hablará? La ardua pelea  
fue un amargo deber, y hoy que cumplido  
fue por ti, oh Patria, del combate infame  
los trances dad al perdurable olvido.  
¡Que ningún pecho inflame  
ominoso el rencor! Los vencedores  
pendones enlutad, y esos aceros,  
de un crimen vengadores,  
inclinando hacia tierra, los primeros  
sed que lloréis sobre la tumba fría  
de los que unió la muerte  
en sacra paz tras de contienda impía.  
Que oculte avergonzado el varón fuerte  
sus heridas sin gloria,  
y que, de Dios malditas,  
rasgar podamos de la patria historia

las hojas, ¡ay!, con nuestro oprobio escritas.

Que hartos para memoria  
de nuestra infausta suerte  
durarán las ruinas  
todo un siglo quizá. Los rotos muros  
de la ciudad entrada; los oscuros  
restos del templo profanado; el yermo  
campo talado; al pie de las colinas  
los solitarios pueblos; sobre el monte  
la soberbia trinchera;  
al fin del horizonte  
del bosque antiguo la gigante hoguera;  
el puente roto sobre el ancho río,  
y en el hogar sombrío  
la orfandad, la miseria, el duelo, el llanto,  
y acaso horrible el deshonor, bastante  
causa han de ser para que a cada instante  
trémulo surja el renovado espanto.  
¡Ah!... ¡Felices si el santo  
temor de igual desolación nos veda  
de la discordia el castigado crimen!  
¡Felices si redimen  
nuestros dolores, de la Patria amada  
la miserable suerte, y si en el tierno

corazón de sus hijos  
todas las madres de la Iberia imprimen  
la ley cristiana del cariño eterno!

¡Amor y paz!... Que la dorada espiga  
los surcos que el cañón abrió en la tierra  
fértil encubra, y que la sombra amiga  
del árbol torne a coronar la sierra.

Que, sin temor del daño,  
baje a abrevarse al apacible río  
el balador rebaño.

Que en la festiva danza  
de la plaza del pueblo las doncellas  
rían y hablen de amor y de esperanza.

Que cruce por la selva,  
donde el silencio duerme,  
cuando al hogar abandonado vuelva,  
solo, el soldado de la Patria inerme.

Que al pie de la alta cruz de los caminos  
reposen los cansados peregrinos.

Que el recelo no trunque  
del padre anciano el sosegado sueño.

Que retumbe el martillo sobre el yunque.

Que el hacha pula el derribado leño.

Que en nuestros valles caiga

la bienhechora lluvia,  
como don de los cielos, y nos traiga  
racimos negros y la espiga rubia,  
para que el pan y el vino en nuestras manos  
símbolo fiel de la obtenida calma,  
nos partamos alegres los hermanos  
como una santa comunión del alma.

¡Amor y paz!... Que el corazón exhausto  
de ternura y de lágrimas, al templo  
lleve el sufrido mal, como holocausto,  
y allí gima y medite, y que el ejemplo  
de tanto día infausto  
le hable con grande voz. Las ansias vanas  
de la ambición soberbia, el torpe arrullo  
de la lisonja vil, las inhumanas  
cábalas del orgullo,  
de la mentida ciencia  
la audaz palabra, el usurpado rango,  
la quebrantada ley de la conciencia,  
del goce impuro el cenagoso fango,  
la inicua complacencia  
con el delito y la honradez cobarde  
que en el hogar sin combatir se encierra,  
los monstruos son de la oprobiosa guerra

que inextinguible en nuestros pueblos arde.  
Patria, siempre vencida  
en esa lucha infame, álzate erguida,  
y en la honra, en Dios y en tu preclara historia  
puestos los ojos fijos,  
busca el laurel de tu mejor victoria  
dentro del alma de tus propios hijos.

A la libertad  
¡Triste ley de la Tierra! Eternamente  
todo el humano fruto  
nacerá con dolor: nacerá todo  
pagando al mal su mísero tributo;  
y la semilla entre el infecto lodo  
tenderá sus raíces,  
tal como la razón sus claras lumbres  
tenderá entre las sombras infelices  
que ciegan a las ebrias muchedumbres.

¡Tú también, Libertad? De tu alto rango  
la agrega vestidura  
rota en jirones, por la charca impura  
llevar, de sangre y fango,  
yo te miré, y aún dura  
en mí el trémulo horror. La hija del cielo,

trocada en vil ramera,  
pasó rasgando el pudoroso velo,  
dando al viento la suelta cabellera,  
y en insensata furia  
mostrando a los hermanos  
en sus labios la injuria  
y el cruel puñal en las sangrientas manos.

Yo me aparté y lloré como quien llora  
la inesperada muerte  
de lo que más amó. Cuando en la aurora  
de mi edad juvenil mi ánimo fuerte  
soñaba en la esperanza, el noble grito  
que brotó de mis labios  
fue tu nombre bendito,  
oh amada Libertad, y en tus agravios  
o en tu próspera suerte  
cifré mi dicha o mi dolor. Yo ansiaba  
de toda patria esclava  
romper el torpe yugo,  
verter mi sangre y que a mi dulce metro  
depusieran los pueblos su ira brava,  
su hacha cruenta el pálido verdugo  
y el ruín tirano el usurpado cetro.

Pero al cielo le plugo  
trocar mi sueño en la verdad siniestra  
de los humanos crímines, y ahora  
siento flaca mi diestra  
para el acero o el clarín. Batalle  
quien arda, oh gloria, en tu vibrante rayo,  
y quien sufra, cual yo, torpe desmayo,  
que en duelos gima o que apartado calle.

Yo sé que en esa eterna  
ley misteriosa, que los mundos gula  
y que del hombre el porvenir gobierna,  
por la ruta sombría  
de un arcano insondable  
marcha la humanidad. Sé que navega  
sobre una mar inestable  
la barca de la vida, y que está el puerto  
siempre a distancia igual. Pero entre el tumbo  
del oleaje incierto,  
la Libertad es brújula, que el rumbo  
marca a la nave por el mar desierto;  
y cuando su voz manda  
que un pueblo se alce y la jornada siga,  
la tribu que durmió en larga fatiga  
sus tiendas pliega, y se levanta, y anda.

¿Dónde va?... ¿Quién lo sabe?...

¡Va, de la opresión grave  
de los imperios persas, al riente  
suelo de Grecia, y con Platón medita,  
o con la voz ardiente  
de Demóstenes grita  
su odio implacable y vengador! Va oculta  
por tus selvas, Germania, o con el oro  
y púrpura vestida,  
clama de Roma en el inmenso foro,  
y cae al pie de su tribuna herida.

Va detrás de Jesús a la montaña;  
va en la santa compañía  
del demacrado asceta;  
va donde tú peligras,  
ley del amor. Su fe no la conturba  
ni en la plaza el rugido de la turba,  
ni en el circo el rugido de los tigres.

Resignada y risueña,  
va hacia el lejano porvenir que sueña,  
y el miedo nunca inmuta  
el ánimo sereno  
con que, invencible y fuerte,  
de Sócrates bebió la agria cicuta,

el puñal de Catón se hundió en el seno  
y halló en la cruz del Gólgota la muerte.

¡Sagrada Libertad!... No eras tú aquella  
vi] meretriz que entre la inculta plebe  
pasó dejando ensangrentada huella.

Tú eres, sí, la que mueve  
la legión de las almas soñadoras  
tras de un ansiado bien, que en lontananza  
con los reflejos doras  
del nunca muerto sol de la esperanza.

Sin ti, es el arte la venal mentira  
de la cobarde adulación, y el canto  
de la acordada lira  
fugaz murmullo o comprimido llanto.

Sin ti, la ciencia muda  
su antorcha extingue entre la niebla densa  
que al alma envuelve en insondable duda.

Sin ti, sagrada Libertad, la inmensa  
labor, la pena ruda,  
la santa empresa del trabajo humano,  
es tan sólo el villano  
triste deber de esclavitud sañuda.

Sin ti no hay patrio amor ni ansia de gloria;  
es, sin ti, la irrisoria

justicia, cortesana del tirano;  
el culto a Dios menguada hipocresía;  
y en las páginas fieles de la Historia,  
con inflexible dedo,  
no escribe la Verdad solemne y fría,  
sino, temblando calumnioso, el Miedo.

¡Cuándo será que impere  
tu influjo bienhechor, Libertad santa,  
de donde nace el sol a donde muere!  
Que aún, bajo el yugo de oprobiosas leyes,  
cubren la tierra las humanas razas,  
como un tropel de embrutecidas greyes.  
Y en las estepas de Asia, en las llanuras  
que el sacro Ganges baña  
con sus ondas impuras;  
al pie de la montaña  
del Atlas colosal; en las oscuras  
selvas de África ignotas;  
en las playas remotas  
que el Polo envuelve con perpetuas brumas;  
en las islas risueñas  
que el Pacífico mar borda de espumas;  
en las no holladas breñas  
que alzan los Andes, próximas al cielo,

y hasta en tu propio suelo,  
Europa, entre esos pueblos sin fortuna  
que degrada y oprime,  
vergüenza nuestra, la menguante Luna,  
por todas partes gime  
siglos y siglos, de la estirpe humana  
la prole envilecida,  
que hoy triunfadora y víctima mañana,  
va en loca muchedumbre  
escarnio a hacer de la nación caída,  
u oprobio a ser de innoble servidumbre.

La ley de Dios se cumplirá, y su lumbre  
desparcerá la niebla  
del hondo valle a la empinada cumbre.  
¿Veis todo cuanto puebla  
la inmensidad del Universo? Todo,  
desde el sol hasta el lodo,  
fue a inquebrantable esclavitud sujeto,  
menos el alma del mortal. Batalla  
en vano el mar inquieto  
para romper la valla  
que lo enfrena impotente. Baja el río  
siempre desde el umbrío  
monte hacia el llano por el cauce eterno.

La semilla germina  
siempre de un modo igual. Seca el invierno  
los marchitados árboles, y el fruto  
torna con el retoño  
a pagar el tributo  
que el hombre espera del fecundo otoño.

La fiera de la selva, el pez que anida  
en los antros del mar, todos sin rastro  
pasan cumpliendo su inmutable vida;  
y hasta el enorme astroso  
que rueda en los espacios sin medida,  
y hasta la inmensa máquina del mundo,  
todo, al moverse, ignora  
el misterio profundo  
de la ley creadora  
que el curso eterno y renaciente adora.

Sólo en el alma humana  
hizo el Señor que vibre,  
destello de su lumbre soberana,  
la inteligencia libre,  
la libre voluntad; y el que fabrica  
el yugo o lo soporta, ese, el misterio  
sagrado infringe, y temerario abdica

del orbe todo el concedido imperio.

## Familiares

A la memoria  
De mi hermana Adela

Seis años ya que el alma de mi alma  
en la triste postrera despedida  
me dijo su adiós tierno.

¿Por qué, infiel corazón, lates en calma?

¿Por qué, cuando es eterna la partida,  
no es el dolor eterno?

## II

Y eterno es mi dolor, que aún el agudo  
dardo yo siento en la cerrada llaga  
cuando una voz la nombra.  
No está muerto mi duelo, aunque está mudo.  
Secos al llanto, por mis ojos vaga  
siempre una triste sombra.

## III

Cuando el invierno pálido se aleja  
y primavera con las frescas galas  
orna el árido suelo,  
cual mariposa que la cárcel deja,  
su alma entreabrió las transparentes alas  
para volar al cielo.

#### IV

De entonces que al tornar las tibias brisas,  
cuando en Oriente el sol rojo fulgura,  
mi corazón opreso  
ve en las luces del alba sus sonrisas,  
y el soplo del abril se me figura  
su codiciado beso.

#### V

Y al pensar en su blonda cabellera  
y en la luz de sus ojos de esmeralda,  
me finjo en mi congoja  
que es su imagen la verde primavera,  
cuando de mustias rosas la guirnalda  
tristemente deshoja.

#### VI

Que ella murió en la edad de la hermosura,  
en la edad de los cándidos hechizos;  
y cuando piense en ella  
veré siempre su blanca vestidura,  
su tersa frente y sus dorados rizos:  
la veré siempre bella.

#### VII

Morando en los espacios de la gloria

tú aún vives con nosotros, pobre Adela;  
tú para mí no has muerto.

Yo en mis duelos invoco tu memoria,  
cual protector espíritu, que vela  
sobre mi hogar desierto.

### VIII

Y, al vencer los escollos de la vida,  
yo comprendo ahora bien cuánto se encierra  
inefable consuelo,  
en el místico lazo, en que va unida  
parte de una familia por la tierra  
y parte por el cielo.

### IX

Como en el bosque solitario el ave,  
cual flor nacida en el cerrado huerto,  
como en el mar la ola,  
cuya breve existencia nadie sabe,  
tú, en el hogar donde naciste has muerto  
desconocida y sola.

### X

Pero al orgullo vano de la ciencia,  
y a las fútiles pompas de la gloria  
o al opulento brillo,

prefiero yo tu cándida inocencia,  
y esa vida sin mancha y sin historia  
de un corazón sencillo.

## XI

Fugaces horas de inocentes juegos,  
fiestas alegres del hogar, veladas  
de infantiles consejas,  
de estudio grave o de devotos ruegos,  
ésas son las memorias adoradas  
que a tus hermanos dejas.

## XII

Yo sé por qué, tras de suspiro blando,  
mi madre enjuga con callado duelo  
sus húmedas pupilas;  
yo sé en qué piensan mis hermanas, cuando  
clavan absortas en el albo cielo  
sus miradas tranquilas.

## XIII

La limosna, el perdón de los agravios,  
la alegría, el dolor que purifica  
el corazón del hombre,  
la oración que pronuncian nuestros labios,  
todo a ti nuestro amor te lo dedica,  
todo se hace en tu nombre.

#### XIV

Así llenas tú aún nuestra morada;  
así de nuestro amor te hizo señora  
para siempre la muerte;  
y cuando llegue la vejez cansada,  
pienso que ha de endulzar mi última hora  
la esperanza de verte.

#### A un árbol

El día en que yo vi la luz primera,  
plantó mi padre en su risueño huerto  
ese árbol que admiráis en primavera,  
de tiernas hojas y de flor cubierto.

Yo entré en la sociedad, donde hoy batallo,  
con la esperanza audaz de los mancebos,  
cuando él ennoblecía el fuerte tallo  
cada nueva estación con ramos nuevos.

Yo abandoné, buscando horas felices,  
mi pobre hogar por la mansión extraña,  
y él, inmutable, ahondaba sus raíces  
junto al arroyo que sus plantas baña.

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,  
cuando hasta el eco de mi voz me asombra,  
vengo a encontrar la apetecida calma  
del tronco amigo a la propicia sombra.

Y evoco las memorias indecisas  
de la edad juvenil, sueños perdidos,  
mientras juegan sus ramas con las brisas  
y al alegre rumor cantan los nidos.

Mi vida agosta ese dolor interno  
con que los ojos y la frente enluto:  
él abre en mayo su capullo tierno  
y da en octubre el aromado fruto.

En Nochebuena  
A mis ancianos padres  
I

Un año más en el hogar paterno  
celebramos la fiesta del Dios-niño,  
símbolo augusto del amor eterno,  
cuando cubre los montes el invierno  
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda  
o en el que el santo de los padres llega,  
la turba alegre de los niños juega,

y en la ancha sala la familia toda  
de noche se congrega.

### III

La roja lumbre de los troncos brilla  
del pequeño dormido en la mejilla,  
que con tímido afán su madre besa,  
y se refleja alegre en la vajilla  
de la dispuesta mesa.

### IV

A su sobrino, que lo escucha atento,  
mi hermana dice el pavoroso cuento,  
y mi otra hermana la canción modula,  
que o bien surge vibrante, o bien ondula  
prolongada en el viento.

### V

Mi madre tiende las rugosas manos  
al nieto que huye por la blanda alfombra.  
Hablan de pie mi padre y mis hermanos,  
mientras yo, recatándome en la sombra,  
pienso en hondos arcanos.

### VI

Pienso que de los días de ventura  
las horas van apresurando el paso,

y que empaña el Oriente niebla oscura,  
cuando aún el rayo trémulo fulgura  
último del ocaso.

## VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena  
las breves dichas el temor del daño!  
Hoy presidís nuestra modesta cena;  
pero en el porvenir... yo sé que un año  
vendrá sin nochebuena.

## VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo,  
serán muda aflicción y hondo sollozo.  
No cantará mi hermana, y mi sobrina  
no escuchará la historia peregrina  
que le da miedo y gozo.

## IX

No dará nuestro hogar rojos destellos  
sobre el limpio cristal de la vajilla,  
y, al alguien osa hablar, será de aquellos  
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla  
con sus blancos cabellos.

## X

Blancos cabellos cuya amada hebra

es cual corona de laurel de plata,  
mejor que esas coronas que celebra  
la vil lisonja, la ignorancia acata,  
y el infortunio quiebra.

## XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo  
la sublime bondad de vuestro rostro,  
mi alma a los trances de la vida templo,  
y ante esa imagen para orar me postro,  
cual me postro en el templo.

## XII

Cada arruga que surca ese semblante  
es del trabajo la profunda huella,  
o fue un dolor de vuestro pecho amante.  
La historia fiel de una época distante  
puedo leer yo en ella.

## XIII

La historia de los tiempos sin ventura  
en que luchasteis con la adversa suerte,  
y en que, tras negras horas de amargura,  
mi madre se sintió más noble y pura  
y mi padre más fuerte.

## XIV

Cuando la noche toda en la cansada  
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,  
y, al venceros el sueño a la alborada,  
fuerzas os dio posar vuestra mirada  
en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una  
con noble orgullo por mi faz yo siento,  
pensando que hayan sido, por fortuna,  
esas honradas manos mi sustento  
y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera  
pagaros hoy la que en mi edad primera  
sufristeis sin gemir, lenta agonía,  
y que cada dolor de entonces fuera  
germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo  
de ver al hijo convertirse en mozo,  
mientras que al verme yo en vuestra presencia,  
siento mi dicha ahogada en el sollozo  
de una temida ausencia.

## XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo  
pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?  
Yo os daría mi sangre de mancebo,  
tornando así con ella a vuestras venas  
esta vida que os debo.

## XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga,  
pensando en la posible despedida,  
que imagino ha de ser tarea amarga  
llevar la vida, como inútil carga,  
después de vuestra vida.

## XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,  
miro acercarse con profundo espanto,  
Y en dudas grita el corazón sensible:  
«Si aplacar al destino es imposible,  
¿para qué amarnos tanto?»

## XXI

Para estar juntos en la vida eterna  
cuando acabe esta vida transitoria.  
Si Dios, que el curso universal gobierna,  
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,

yo no aspiro a más gloria.

## XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma  
será que prolonguéis la dulce calma  
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:  
para marchar yo solo por, la tierra  
no hay fuerzas en mi alma.

### Carta a mis hermanas

Desde el antiguo hogar, donde corrieron,  
para nunca volver, los dulces años  
de nuestra infancia, donde eterno vive  
vuestro recuerdo, hermanas, arrasados  
en lágrimas mis ojos, os escribo  
palabras, ¡ay! que escucharéis con llanto.

¡Todo subsiste como entonces!... Penden  
aún de la alta pared los viejos cuadros  
de los Santos Doctores, cuyas negras  
pupilas, en mí fijas, con extraño  
mirar parecen conocerme. El péndulo  
del reló suena en el oscuro ángulo,  
como una voz amiga que me cuenta  
lo que pasó en mi ausencia. El ancho patio  
cubren las yerbas, y la mansa fuente

llora en él con susurro solitario  
nuestro infiel abandono. ¡En torno de ella,  
cuántas veces, sus aguas agitando,  
de la nave de corcho, entre las olas,  
fingimos los horrores del naufragio!  
¡Y cuantas veces las alegres risas  
a su constante murmurar mezclamos!

Mudas están las salas, y está mudo  
el largo corredor; y las que al paso  
abro, cerradas puertas, con gemidos  
plañideros responden que, entre el vago  
silencio, suenan como a voces tristes  
de las muertas memorias del pasado.  
El comedor de las alegres fiestas,  
sin luz, y sin vajilla, y sin el blanco  
mantel, y sin los gritos clamorosos  
de las felices horas. El retrato  
del abuelo preside silencioso  
a la desierta mesa que otros años  
circundó su familia, hoy desparecida  
como las hojas del otoño lánguido.  
Aún del hogar las pálidas pavesas  
son del tiempo que huyó el único rastro:  
imagen fiel, con sus cenizas frías,

de aquel perdido bien porque lloramos.

Pasé esta noche en el antiguo lecho,  
y, cuando el sueño bienhechor mis párpados  
cerró tras largo insomnio, las visiones  
de los lejanos tiempos me asaltaron:  
os vi... niñas, os vi, como en los días  
de la gozosa edad, cuando en mis brazos  
os levanté para mirar los nidos  
en la pared del huerto, o bien del árbol  
para arrancar los codiciados frutos  
antes de sazonarse. ¡Ah!, ¡cuán amargo  
fue luego el despertar!... ¡Que con vosotras  
ella estaba también, con sus dorados  
rizos, y azules ojos, y su frente  
pálida y blanca!... En mis convulsos labios  
sonó el grito de ¡Adela! y aquel grito  
rompió mi vano sueño. Acongojado  
corrí del lecho hacia la estancia triste  
donde en mis brazos expiró, y llorando  
aguardé que, a la luz de la mañana,  
la sombra huyese del recuerdo infausto.

[...]

¡Mis libros! Los queridos compañeros

de mi perdida juventud; los que algo  
guardan entre sus páginas del puro  
amor de mi niñez; los que engendraron  
en mí el ansia de gloria, inútil gloria  
no lograda jamás; los que el arcano  
saben, tal vez, de mis febriles sueños;  
los que regué con mi abundoso llanto;  
los que, en largas vigilias solitarias,  
de Dios, del mundo y del dolor me hablaron...

Aquí están polvorosos y esparcidos  
sin mi piadoso afecto. Humilde esclavo  
hoy de afanes terrenos; bajo el yugo  
doblada la cerviz, y uncido al carro  
de los vencidos de la suerte, evoco  
como protesta indómita, aquel rayo  
de luz, que de los cielos desprendido  
bañaba aquí mi frente, cuando al sacro  
numen de la adorada poésía  
di mi existencia entera en holocausto.

¡Todo subsiste como entonces!... Cubren  
el cenador del huerto los naranjos  
llenos de rojos frutos, y en sus copas  
buscan refugio los alegres pájaros  
cuando la tarde expira. La palmera

plantada por mi padre, con sus ramos  
salva la cerca del jardín. Ha muerto  
la verde pasionaria cuyos vástagos,  
con sus azules flores, la ventana  
de vuestro cuarto orlaban, y sin pámpanos  
entrelazan las parras sus sarmientos  
por los secos cañizos encorvados.

¡Todo subsiste como entonces!... Suena  
el esquilón del viejo campanario  
de la contigua iglesia, y suenan lentos  
del transeúnte los medidos pasos  
por la desierta calle. Las vecinas  
charlan en el portal. Cantan los gallos  
su repetido alerta. El golpe rudo  
del martillo en el yunque oigo lejano,  
y sueño, al fin, que de mi tierna infancia  
el curso han vuelto a renovar los hados.

Sólo vosotras me faltáis; y basta  
vuestra ausencia no más, para que rápidos  
ansíe que vengan los cercanos días  
de mi regreso. Los antiguos lazos  
de estas dulces memorias han podido  
mi espíritu agobiar; pero en mi ánimo  
puede más vuestro afecto. A donde el soplo

me lleve de la suerte, con las manos  
apoyadas en mi hombro, iréis conmigo  
por las ignotas sendas; y si al patrio  
hogar volvemos, en los tristes días  
de la vejez, bajo el dintel que ansiamos  
de la paterna casa, encontraremos  
al casto amor sobre el umbral sentado.

#### Oración

Al pie de un Eccehomo de mis antepasados  
I

Sólo cuando el pesar mi alma quebranta,  
los ojos vuelvo a tu divino rostro,  
y la rodilla ante tu imagen santa  
avergonzado postro.

#### II

¡Perdóname, Señor! -Ya de la vida  
gusté soberbio el desabrido fruto,  
y acudo a ti, con mi alma dolorida  
llena de sombra y luto.

#### III

Vencido y roto en la funesta guerra  
del goce impuro y del sediento anhelo,  
huyendo las desdichas de la tierra  
busco la paz del cielo.

#### IV

Tú me enseñas, Señor, cuando perdonas  
y la cabeza ensangrentada inclinas,  
que del mundo falaces las coronas  
son coronas de espinas.

#### V

Tú me enseñas, Señor, cuando penetro  
lo que tu imagen dolorosa entraña,  
que de la tierra infame es todo cetro  
frágil cetro de caña.

#### VI

Tú me enseñas, Señor, cuando tus leyes  
sigo y desprecio la mundana gloria,  
que hasta el manto de grana de los reyes  
es púrpura irrisoria.

#### VII

Por eso vengo a ti, como venía  
cuando mi madre me enseñó de niño  
a pedirte aquel pan de cada día  
que ofreció tu cariño.

#### VIII

Vengo sin la inocencia encantadora;

manchado traigo el corazón de lodo;  
más tú igualas al ser que el mal ignora,  
quien lo desprecia todo.

IX

Propicio acoge y la flaqueza auxilia  
de quien busca tu amparo soberano.  
Sobre mi pobre pecho y mi familia  
tiende, Señor, tu mano.

X

A tus plantas vinieron mis abuelos  
su cuita, oh Dios, para contarte amarga:  
mis padres a tus plantas, de sus duelos  
dejaron la vil carga.

XI

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte  
hoy pongo en ti, Señor, los ojos fijos,  
y a ti vendrán también para adorarte  
los hijos de mis hijos.

XII

Tu imagen en mi hogar mística enlaza  
la edad pasada con la edad presente.  
Cinco generaciones de mi raza  
te humillaron su frente.

### XIII

Y tú, a quien nadie sin socorro implora,  
su honda aflicción cambiaste en alegrías:  
como sus culpas perdonaste, ahora  
ten piedad de las mías.

### Ausente

Ya promediado el curso de mi vida,  
y cuando en lontananza  
se hunde el pálido sol de la esperanza,  
hacia la edad perdida  
pláceme sólo que la mente vuelva,  
cual vuelve el ave en el otoño al nido  
que dejó, ingrata, en la africana selva.

Ella vuelve...yo no. Patria distante,  
con la que siempre enternecido sueño,  
como guarda el amante  
la imagen fiel de su adorado dueño,  
yo de tu imagen propia  
guardo en el pecho la imborrable copia,  
y a ti, como el exceso  
él de su afán enamorado calma  
sellándola con prolongado beso,  
yo doy también los besos de mi alma.

Desde estas mustias y áridas colinas  
mirando hacia el Oriente  
fínjome ver tus costas blanquecinas,  
tu alegre campo y cielo transparente.  
De las volcadas urnas de tus ríos  
huye el caudal sonoro  
por los bosques umbríos  
de naranjos en flor con frutos de oro;  
de tus jardines sube  
incesante el aroma de tus flores,  
como de incienso la sagrada nube  
del fuego del altar de los amores;  
bajan de tus montañas,  
conversando entre sí con rumor leve,  
el arroyo perdido entre las cañas  
y el viento que las mueve;  
posan en tus riberas,  
olvidadas del vuelo,  
las raudas golondrinas pasajeras;  
copian tus lagos el azul del cielo;  
te dora el sol con lumbres de topacio,  
y a cada flor que brota de tu suelo  
se abre una estrella en tu anchuroso espacio.  
Valle escondido en la montaña umbrosa;  
llano cubierto con la mies dorada;

pradera deleitosa;  
tarde apacible y soledad callada;  
frondosos olivares;  
palmas que el viento halagador cimbrea;  
campanario lejano de la aldea;  
vela perdida en los azules mares;  
faldas del monte oscuras;  
cimas, al rayo de la tarde rojas;  
chozas de las llanuras,  
cuyos umbrales el parral sombrea;  
lluvia que baña las nacientes hojas;  
brisa que las orea;  
cipreses de la ermita;  
altar lleno de luces y de aroma;  
gradas de piedra de la cruz bendita;  
torre del moro en la redonda loma;  
remanso del molino;  
ánades blancos de las verdes charcas;  
playas del mar dormido y cristalino;  
redes colgadas de las viejas barcas;  
largo surco entreabierto  
por la mojada tierra;  
negros frutales del antiguo huerto,  
y alta pared con yedras que lo cierra;  
canción de amor en el materno idioma

por los senderos cuando el alba asoma;  
claras noches de estrellas;  
luna, del mar nacida;  
crepúsculos rojizos, cuyas huellas  
duran como una amante despedida;  
tiernas memorias bellas  
sois, con que engaño mi dolor presente,  
forjándome con ellas  
la imagen santa de mi patria ausente.

¡Cuántas veces a solas,  
junto a mi hogar, las noches del invierno,  
ciudad que arrullan las mugientes olas,  
con el conjuro tierno  
yo, del cariño filial te evoco,  
y, alucinado o loco,  
fíngeme la memoria  
que por tus calles silenciosas entro,  
y a todas partes donde voy encuentro  
hojas dispersas de mi humilde historia!

Viejo portal de la temida escuela  
de mi niñez, en cuyo fondo oscuro  
aún mi alma al flaco preceptor recela,  
plaza de nuestros juegos; tosco muro

del caserón, en donde  
la fantasma del cuento me figuro  
que aún de noche se esconde;  
iglesia adonde, niño,  
fui a extasiarme en las luces y en las flores,  
mancebo, fui a las citas del cariño,  
y hombre, a implorar consuelo en mis dolores;  
aulas donde al concurso  
explicaban las ciencias sus secretos,  
mientras que yo las páginas del curso  
llenaba de sonetos;  
cuarto de mis lecturas;  
casa natal deshabitada y vieja;  
calle de las nocturnas aventuras,  
cuando rondaba la entornada reja;  
alamedas del río  
donde vagué soñando a mi albedrío;  
fuentes que al paso hablábanme contentas;  
arcos ojivos del dintel del templo;  
torres de nuestros padres, duro ejemplo  
de las férreas edades turbulentas,  
y ora mudos testigos  
de cuanto fue y ha muerto;  
hogar de mis amigos,  
siempre a mi planta conocida abierto:

vosotros sois el venturoso nido,  
donde el que siente un corazón que ama  
vive exento del miedo y, del reproche;  
mientras que el nuevo hogar en que hoy resido  
es para mí como la estéril rama  
donde el ave, al pasar, duerme una noche.

Yo pido sólo a Dios que el primer rayo  
de luz que vi bajo el paterno techo  
sea el que alumbre mi postrer desmayo;  
que en torno de mi lecho  
callada vele, al acabar mi vida,  
la amistad de la infancia, con estrecho  
lazo su mano por mi mano asida;  
que entre rotos sollozos comprimidos  
bañen mi faz con lágrimas y besos  
mis hermanos queridos,  
que son mi sangre y hueso de mis huesos;  
que de mi vida el apagado germen  
caiga en la fosa pobre y siempre abierta  
donde de antiguo mis mayores duermen;  
y que al pasar mi espíritu la puerta  
de ese oscuro destino,  
ante el que tiembla la esperanza incierta,  
encuentre, señalándome el camino,

la dulce sombra de mi hermana muerta.

A la luz

De las blancas estrellas,

de los ardientes soles,

bajan al suelo, pálidas y bellas,

las luces con brillantes resplandores;

cruzan por el espacio

alumbrando con rápida carrera

los astros de topacio,

y de la tierra, la ignorada esfera;

llegan hasta mis ojos,

y en sus reflejos rojos

miro esconderse la naciente vida

que en todo germen brota

ante fuerza escondida

que nunca el tiempo con su curso agota.

Al tiempo que pasa

¡Huye el tiempo veloz! Rápido avanza

llevando en raudo vuelo

la ilusión, la hermosura y la esperanza,

el grato afán, y el incansable anhelo.

¡Huye el tiempo veloz! ¿Quién su carrera

podrá atajar? ¡Ni el ruego, ni el suspiro

del amor o el dolor! La primavera  
llega, y en veloz giro  
pasa ya, y los ardores del verano  
huyen con el retoño  
del árbol tierno, cuando anuncia cano  
al triste invierno, el moribundo otoño.

Amatorias

Anacreónica

Cuando en un breve instante  
del desdén al cariño  
tú pasas inconstante,  
sé por qué Amor es niño.

Cuando de infiel te acusa  
mi entendimiento, y luego  
mi corazón te excusa,  
sé por qué Amor es ciego.

Cuando tras pasión nueva  
de mí huyes veleidosa,  
sé por qué el Amor lleva  
alas de mariposa.

Y cuando mi esperanza

muere y en celos ardo,  
sé por qué el Amor lanza  
su ponzoñoso dardo.

Cartas a María  
Primera

¡Siempre el sincero amor fue poesía!

¡Siempre el que ama es poeta!

Pero ¿quién, oh María,  
entre conceptos pálidos sujeta  
la inspiración fugaz? ¿Cómo traduce  
nuestro idioma vulgar con frase propia  
el rayo azul que en tus pupilas luce,  
ni la sonrisa de tus labios copia?

Cuando este pliego abras  
no lo descifres, pues, letra por letra;  
tu espíritu en mi espíritu penetra  
y sabe lo que callan mis palabras.

¡El amor adivina!

Como a través de vidrio transparente  
leo yo la pasión que te domina  
en la sombra o las luces de tu frente;  
ora inefables goces,  
y ora el dolor agudo,

siento yo en mí cuando tu labio mudo  
me habla o me hiere con calladas voces.

¡Para amor no hay distancia!

desde el rústico albergue en que hoy me encuentro  
dolido y triste, a tu risueña estancia  
vuelvo invisible y silencioso entro.

Te hallo sentada y sola  
junto a la blanca lámpara que alumbra  
tu sien con vaga y mística aureola.

Aspiro los efluvios  
que, como de sus pétalos las flores,  
dan al ambiente tus cabellos rubios.

Veo que en la penumbra  
clavas la vista y la labor suspendes,  
y que el casto rubor de los amores  
cual santa llama en la mejilla enciendes.

Y es que una voz interna  
te dice: «Amada mía,  
aquel que te juró pasión eterna  
piensa en ti noche y día,  
y cuando el alba asoma  
tras de la parda loma,  
y cuando el cielo puebla

la tarde triste con dudosa niebla,  
su corazón opreso  
te manda, envuelto en el agreste aroma  
del viento del pinar, tímido beso.»  
Esto escuchas, oh amada,  
cuando clavas tus ojos en la alfombra  
o ázalos azorada,  
oír creyendo un eco que te nombra.  
No temas... Es que, tras de ti inclinada,  
te está hablando mi sombra.

¡Y es verdad que en ti pienso!  
cuando desde las cumbres  
descubro el cielo inmenso,  
bañado todo de tranquilas lumbres,  
lo comparo a la calma  
y a la luz que en la mía irradia tu alma.  
Y cuando hacia el abismo  
bajo después los ojos,  
siento que sombra igual reina en mí mismo  
a un amago no más de tus enojos.  
Cuando cruzo las faldas  
con las azules y amarillas flores,  
voy yo tejiendo para ti guirnaldas.  
Cuando miro una choza en la ladera

digo: «¡Allí, con el sol de mis amores,  
qué contento viviera!»

Cuando entro en la capilla  
y ante el altar me postro,  
fínjome que la Virgen sin mancilla  
tiene algo de tu rostro.

Cuando susurra el viento,  
cuando trinan las aves,  
suenan como el acento  
con que hablar dulce al corazón tú sabes,  
Bulle la fuente con tu blanda risa;  
da la rosa el perfume que tú exhalas;  
y cuando por mi sien roza la brisa  
siento que son las plumas de tus alas.

Ya la tribu de alondras pasajeras  
hacia el Oriente marcha  
y cubre estas praderas,  
cuando amanece, la rizada escarcha.

Ya, perezoso el día,  
tarda en dorar el empinado risco  
y prefiere a la umbría  
selva, el pastor, el resguardado aprisco.

Ya las nubes del cielo,  
como vellones blancos,

bajan de noche con pausado vuelo  
a los hondos barrancos.

Ya, engrosado el torrente,  
desborda por el llano en ondas rojas;  
ya el álamo sombrío de la fuente  
perdió todas las hojas.

Ya baja de los montes del ocaso  
el viejo invierno hacia el risueño valle,  
y detrás del balcón piensas tú acaso  
que oyes sonar mis pasos por tu calle.

No tardaré: no llores.

Yo para ti he cogido  
del áspero romero azules flores,  
las aves en el nido,  
cristales en las grutas,  
las mariposas en su vuelo incierto,  
y de los viejos árboles del huerto  
las sazonadas frutas.

He aprendido las lánguidas querellas  
que cantan al bajar de la montaña  
los grupos de doncellas,  
y la conseja extraña  
que, mientras silba ronco  
el viento en la vetusta chimenea,

cuenta, al redor del encendido tronco,  
el viejo de la aldea.

Cuando azote la lluvia  
por la noche el cristal de tu ventana,  
y dobles, cual se dobla flor temprana,  
sobre el telar tu cabecita rubia,  
yo te diré al oído,  
para endulzar las horas del invierno,  
las sencillas historias que he aprendido  
o del poema de amor el canto eterno.

Cartas a María  
Segunda

Anoche me decías,  
enlazando tus manos con las mías:  
-«¡Perdóname!, pero al leer tus trovas,  
llenas de ansia sin fin y altos anhelos,  
parece que algo de tu ser me robas  
y, sin celos de amor, lloro de celos.»

Yo respondí: -«En confusa  
duda el exceso del amor te abisma.  
Siendo tú de mi canto única musa,  
tus celos son los celos de ti misma.»

Tú, bajando la frente, me dijiste

con un acento resignado y triste:

-«Siempre el poeta ama

algo ajeno a esta vida transitoria.

Tú olvidarás la dicha por la fama;

¡la rival de mi amor llámase Gloria!»

«¡La Gloria! -exclamé entonces-;

gloria fuera, mi bien, dejar escrito

mi amor, más duradero que los bronce,

en versos más eternos que el granito.»

Tú callaste indecisa,

dudosa entre el placer y los enojos,

y al par brilló en tu labio una sonrisa

y una furtiva lágrima en tus ojos.

Luego me hablaste así:

-»¿Por qué un renombre

vano mezclar a nuestras dichas quieres?

¡Place la estéril vanidad al hombre!

¡Place el callado bien a las mujeres!

Amor es un secreto

dicho siempre al oído.

La noche busca el amador discreto

como la sombra de la selva el nido.

Amor es toda abnegación del alma,

todo desdén profundo

a cuanto turbe la celeste calma

con las luchas del mundo.

Amor es un destierro

a las islas desiertas,

y es voluntario encierro

del que el silencio fiel guarda las puertas.»

Yo murmuré:

-«¿Quién sabe

si es la esperanza audaz mentido sueño,

blanca y gallarda nave

que busca en ancho mar puerto remoto,

y al fin náufrago leño

sobre la playa abandonado y roto?

¡Ah! cuando tierna exhalas

las quejas de tu duelo,

mi ambición plega las abiertas alas

temerosa del vuelo.

Y pienso, cuando escucho tu querella,

en el símbolo aquél de los amores,

que pinta al pie de la gentil doncella

preso al león entre enlazadas flores.»

«Sí -añadiste-; tú luchas  
cuando mi queja apasionada escuchas,  
y dudas y vacilas,  
de la sirena al tentador arrullo,  
entre las horas del hogar tranquilas  
y los falaces triunfos del orgullo.  
Vuela, pues, al combate  
que el mundo libra con funesta ira,  
poniendo al arco de la guerra, oh vate,  
las cuerdas de tu lira.  
Tú a mi lado vendrás triste y enfermo,  
con el doliente corazón herido,  
como el asceta penitente al yermo  
va con ansia de amor y ansia de olvido.»

«Yo volveré -te dije- con la palma  
verde de la victoria,  
para ceñir alrededor de tu alma  
el nimbo de oro de la eterna gloria.  
¿Por qué tú, de mis versos dulce musa,  
no habrás de ser acaso,  
Beatriz del Dante, o Laura de Valclusa  
o Eleonor del Tasso?  
Siempre al héroe acompañan

el genio inspirador de su alta hazaña.  
Aquiles vence en la feroz contienda  
bajo el escudo protector de Palas.  
Como la diosa, tú, de la leyenda  
harás que en mis combates me defienda  
la égida santa de tus blancas alas.»

Callaste. Amanecía.  
Entre mis manos trémulas tu mano  
estaba quieta y fría.  
Las aves del jardín alegre salva  
al día hicieron con feliz concierto.  
Tú estabas blanca y triste, como el alba  
que iluminaba la pared del huerto.  
Yo con miradas contemplaba inquietas  
tus miradas tranquilas,  
y vi en llanto bañadas tus pupilas,  
cual bañaba el rocío las violetas.  
Sentí en el pecho de mi loco agravio  
el torcedor agudo:  
quise hablarte, y mi labio  
tornó a cerrarse mudo.  
Han pasado las horas: mayor calma  
ahora reina en mí mismo;  
pero ¡aún sufre en sus vértigos el alma

la atracción del abismo!

Cartas a María  
Tercera

¿Por qué el silencio acusador que guardas  
tanto tiempo, mi bien? ¿Por qué el recelo  
con sus iras bastardas  
hacer que me devore, y negro el duelo  
lograr que enturbie la esperanza mía?  
¡Ah crüel!, ¿por qué tardas,  
indiferente y fría,  
en arrancarme del profundo abismo,  
donde, en furor extraño,  
culpo a los cielos de mi propio daño,  
y, odiando a los demás, me odio a mí mismo?

¡Tú callas, callas siempre! Yo no puedo  
culparte; pero ignoro  
tu designio fatal, y tengo miedo  
de adivinarlo, y me estremezco y lloro.  
Lejos de ti, lanzado al torbellino  
de la existencia humana,  
átomo soy del polvo del camino  
por donde va la eterna caravana;  
átomo de oro, al en la luz me anego  
que tu mirada esmalta;

átomo vil, si entre la sombra, ciego,  
el tibio rayo de tu amor me falta.

Tú callas... ¡Cuál me abruma  
esa implacable indiferencia!... En vano  
sobre la blanda pluma  
en la callada noche pido al sueño  
breve tregua a mi mal: tu airado ceño  
mi insomnio excita, y trémulo y lloroso  
me sorprende la aurora,  
que, menos dura que mi esquivo dueño,  
mi pena acaso compartiendo, llora.

Yo me culpo de todo. Es cierto, es cierto  
que olvidando la santa  
religión de tu amor, en el abierto  
templo de falsos ídolos mi planta  
fijé; es verdad que con mi labio impío  
brindé en la orgía impura  
por el ebrio placer; que en el sombrío  
reino de la locura,  
monarca de una noche, en mi temblante  
cabeza puse la corona ardiente  
del goce infame, y que de aquel instante  
su huella guardo en la marchita frente.

Todo es verdad; pero en la densa noche  
que dominó en mi espíritu, aún brillaba  
la luz de tu recuerdo, y aún sonaba  
dentro de mí el reproche  
de tu sagrada indignación. Tú fuiste  
la que, cual nueva Beatriz, me diste  
con la memoria de tu afecto tierno,  
fuerzas para cruzar todo el camino  
por donde el viejo vate florentino  
volvió a la luz desde el oscuro infierno.

Y hoy que arranqué del alma  
la profunda semilla  
de mi pasado error, y en triste calma  
gozar soñé con tu pasión sencilla;  
hoy, tu desdén me lanza  
a un proceloso porvenir incierto,  
y soy como el que, náufrago, a la orilla  
boga, con la esperanza  
de hallar reposo en el tranquilo puerto;  
y, cuando el pie cansado en tierra hiere,  
se encuentra en un desierto  
escollo, en donde abandonado muere.

¡Yo imploro tu perdón! En otros días  
con santas alegrías,  
con transportes de dicha no olvidados,  
tú, con los ojos tersos,  
no preñados de lágrimas, leías  
los cariñosos versos  
que te envié, por el amor dictados.  
Hoy los dicta el dolor. Menos clemente  
no serás hoy para el poeta ausente,  
cuyo lejano canto  
aún, a pesar de tu desdén, recuerdas,  
y que aún aspira, con su amargo llanto,  
de tu alma dulce a conmover las cuerdas.

Un día ambos a solas  
íbamos cabe las mugientes olas  
del mar, que humilde a nuestros pies moría.

Yo te dije: -«Si fría,  
si indiferente a mi amoroso ruego  
algún tiempo has de ser, calma, sí, calma  
en vez de alimentarlo, el vivo fuego  
encendido en mi alma.»

Tú callaste indecisa, y luego...luego,  
mirándome con los radiantes ojos,  
que en vano aspira a traducir el arte,

me respondiste casi con enojos:

-«Yo, aunque me olvides tú, no he de olvidarte.»

Cúmplelo, pues, María,

al recordar el venturoso día;

y por tu fiel promesa

perdona a quien te implora,

y con el alma opresa

vuelve a tus plantas sollozando ahora.

¡Perdona!... El cielo quiso

que así, tal vez, por nuestro bien supiera

que es estar junto a ti mi paraíso,

y estar lejos de ti mi infierno fuera.

Sí: volverán las horas de ventura;

renacerán las risas;

la aurora con su lumbre y con sus brisas

despuntará tras de la noche oscura.

Yo tornaré a tus plantas

alegre, loco, decidor, poeta,

y en mí de nuevo brotarán las santas

palpitaciones de la mente inquieta.

Y extenderemos los tupidos velos

de un perdurable olvido,

tú, sobre las angustias de los celos;

yo, sobre tanto mal como he sufrido.

A...

Canción de primavera

Ríe, mi dulce bien: Dios en tu risa

puso el trino del ave,

los lánguidos murmullos de la brisa,

la nota triste y grave

del mar que muere en arenal desierto,

la música süave

de lejano concierto,

y el rumor de la gota transparente

que, en el cristal de la tranquila fuente,

derrama en lluvia el surtidor del huerto.

Mírame, dulce bien: Dios en tus ojos

puso el brillo del astro,

y su rayo de júbilo o de enojos

deja, pasando, inextinguible rastro.

De tus pupilas negras

brotó la luz con que la tierra alegras,

y cuando de tu alma

la ira, desdén o calma

se pinta en tu mirada seductora,

logras que el pecho conmovido sienta,

o el augusto pavor de la tormenta

o el grato afán de la naciente aurora.

Suelta, mi bien, por tu redondo cuello,  
para velar avara sus hechizos,  
de tu negro cabello  
los abundosos rizos,  
que el viento besa y mueve,  
y que, en tu espalda blanca y desceñida,  
son como pluma de águila caída  
sobre el ampo sin mancha de la nieve.

Huye, mi dulce bien, por los senderos  
de la arboleda oscura,  
por donde, tus ligeros  
pasos siguiendo yo, se me figura  
que persigo en mi empeño,  
como el pastor de Arcadia en la espesura,  
la casta diosa del tranquilo sueño.  
Huye, y tu planta breve,  
marcada apenas sobre el polvo leve,  
buscaré en mi porfía,  
hasta lograr que de mi afán cuitada,  
cedas, y, con estrecho  
lazo, tu sien en mi hombro reclinada,  
sienta el latir de tu cansado pecho.

Mira, la primavera  
con su variada tinta  
de verde la pradera,  
y de rosa y de azul los aires pinta.  
Ya de la nieve de las cumbres fluye  
el sonoro torrente;  
ya por las guijas murmurando huye  
la bullidora fuente;  
ya estallan flores y hojas  
de cada rama en los hinchados broches;  
ya canta el ruiseñor largas congojas  
en el silencio de las tibias noches;  
ya la brisa que enerva,  
pasa, engendrando en lánguidos arrullos,  
pintadas mariposas en la yerba,  
rosas en los capullos;  
ya con tiernos balidos  
llama el cordero a la paciente oveja;  
ya vienen a buscar junto a tu reja  
las golondrinas sus antiguos nidos;  
ya, en el cenit suspenso  
el sol, la lluvia de oro  
de luz derrama en el espacio inmenso.  
Y en el templo sagrado de la vida

las aves forman el alegre coro;  
las flores dan el perfumado incienso,  
y al dulce amor la juventud convida.

Amor, en himno eterno,  
canta la creación cuando desgarrar  
la vil mortaja del caduco invierno;  
la mar sobre la barra  
tiende apacible las dormidas olas;  
con sus lascivos vástagos la parra  
ciñe al nudoso tronco y le da abrigo;  
las rojas amapolas  
ríen ocultas entre el verde trigo,  
y van juntas y a solas  
de dos en dos, con tímidos recelos,  
las mariposas blancas y ligeras,  
las aves por los cielos  
y por los bosques las salvajes fieras,

Amor, en himno eterno,  
canta también tu corazón, bien mío.  
Goza, pues, del amor, antes que el frío  
sientas llegar del aterido invierno.  
Como la savia por la verde rama  
fluye ardiente la sangre por tus venas;

la languidez del que ama  
es la del mar que duerme en las arenas;  
como la vid, tus brazos  
ansían doblarse en protectores lazos;  
cual la amapola entre los trigos verdes  
ríen tus labios rojos;  
vaga, como el crepúsculo, en tus ojos  
brilla la luz que en los espacios pierdes;  
tu pensamiento, mariposa incierta,  
vuela en torno al ardor que la consume,  
y de tu ser, como de rosa abierta,  
se escapa un dulce embriagador perfume.  
Huye, mi bien, por las calladas selvas,  
y cuando yo te siga  
y tú azorada la cabeza vuelvas,  
ríe y te esconde entre la sombra amiga.

¿Lloras?... ¿y por qué lloras?  
¿Temes que el bien presente,  
como las frescas rosas de tu frente,  
cambie, tal vez, con las mudables horas?  
No temas, no, y serena  
tu rostro, remplazando en tus mejillas  
por el carmín la pálida azucena.  
La primavera de la tierra, el frío

cierzo de otoño la arrebató y trunca:  
la primavera de tu amor, bien mío,  
no se marchita nunca.

Ella y tú  
TÚ

Eras alegre, bella y discreta;  
y cuantas veces en los salones  
aparecías,  
linda y coqueta,  
¿Quién sabe, niña, los corazones  
que tú rendías?

Cuando, perdidos entre las olas  
del baile inquieto,  
yo me encontraba contigo a solas,  
con la apagada voz del secreto  
te repetía  
junto al oído  
tiernas palabras de poesía,  
que tú habrás dado, niña, al olvido.

De esas que fueron mis ilusiones,  
niña, ¿qué resta?  
Fueron instantes que huyeron bellos,

cual de la orquesta  
los dulces sonos,  
como las flores de tus cabellos,  
como las luces de aquella fiesta  
¿Quién piensa en ellos?

Hoy, cuando pasas tú por mi lado  
y hasta los míos alzas los ojos,  
ni tú recuerdas a quien te ha amado,  
ni yo en mí siento duelos o enojos.  
Humo a los vientos,  
rosas de un día,  
fueron, oh niña, tus juramentos  
y mis palabras de poesía.

ELLA

Era una niña modesta y bella.  
Pasó a mi lado como una estrella,  
como un perfume,  
sin dejar rastro, sin dejar huella.  
¿quién los misterios saber presume  
que guarda el alma?  
La vi tan sólo la vez aquélla,  
y aun este tedio que me consume  
cede y se calma

pensando en ella.

Filosóficas

A un buque náufrago

Ahí, tendido en la desierta arena,  
cual gladiador vencido,  
náufrago buque, con amarga pena  
contemplo rotos tu poder, tu gloria;  
y el mar sañudo, que a tus pies resuena,  
parece, al son de sus movibles olas,  
celebrar tu desastre y su victoria.

¿Quién lo temió cuando por vez primera,  
al viento dando las tendidas lonas,  
soberbia nave, el resguardado puerto  
dejaste y, altanera,  
de las aguas sin fin por el desierto,  
buscaste audaz las apartadas zonas?  
¡Qué bello entonces, nave, hubiera sido,  
cuando en bonanza el mar sus olas tiende  
y el sol de fuego, hasta el cenit subido,  
en cambiantes de luz el agua enciende,  
tu vela hinchando las saladas brisas,  
que blandas rizan la nevada espuma,  
verte llevada, como leve pluma,

por sus extensas superficies lisas!  
O bien, al rebramar las tempestades,  
cuando imponente el huracán conmueve  
las inmensas, cerúleas soledades,  
y apiña el manto de enlutadas nubes;  
cuando la mar sus gigantescas moles  
lanza de Norte a Sur, de polo a polo,  
y un continente y otro estremecidos  
pueden apenas sostener su embate,  
¡verte a ti, buque audaz, verte a ti solo  
ante el viento y la mar embravecidos,  
trabar con viento y mar rudo combate!  
Y ora mirarte allá en el horizonte  
punto negro escondido;  
ora avanzando al pavoroso empuje  
del agua, tal como gigante monte  
sobre ti desprendido;  
y verte al fin, las olas y huracanes  
venciendo, entrar en el seguro puerto  
que en largos brazos se extendía abierto,  
calma feliz brindando a tus afanes.

Hoy, escarnio del mar que dominante,  
muestra eres fiel de la inconstante suerte,  
muda lección que a los humanos dice

el fin cercano del poder más fuerte...  
...Tal en la tierra míseros despojos  
vemos aún de los pasados pueblos  
que sobre el mundo han sido,  
restos de los imperios naufragados  
en el mar de la edad, que ella abandona  
sobre las playas del eterno olvido.  
[...]

Como tú, buque audaz, el alma mía  
bogó al nacer por mares de ventura;  
después la tempestad de las pasiones  
cambió su claro cielo en noche oscura,  
y airados aquilones  
la combatieron con su furia impía,  
hasta que al fin, del triste desengaño  
sobre la arena fría,  
náufraga mi esperanza se halla ahora,  
sombra no más de lo que fue algún día.

¡Nave infeliz, si tu cortante prora  
surcó la mar en busca de riquezas,  
que la paz y el comercio te brindaron,  
yo deploro tu fin! Mas, si sus iras  
en ti escondió la tormentosa guerra,

que en sed de sangre y destrucciones vino  
a conturbar el golfo cristalino,  
estrecha siendo a su furor la tierra;  
si obedeciendo, cruel, a tu marino,  
aportaste a las líbicas arenas  
para llenar tu seno, en su codicia,  
con sus hijos cargados de cadenas,  
que América por oro le trocase,  
saciando su sacrílega avaricia,  
o si buscate, oh nave, entre los mares  
a la ambición del hombre un nuevo mundo  
ignorado hasta aquí, donde la Europa  
su germen lleve de dolor y horrores,  
y de su vicio inmundo  
derrame llena la nefanda copa,  
bien hizo el ancho mar, el mar profundo,  
en desatar su rabia y sus furores  
para arrojarte sobre playa ignota,  
donde la ira de tu Dios se lea,  
y abandonada y rota  
lección al hombre tu infortunio sea.

El genio

«Quien coja audaz el fruto de la ciencia  
perderá el Paraíso.»

Tal fue del cielo eterna la sentencia.

¡Ay!, ¡infeliz de aquel a quien consume  
la llama de su genio! ¡Ay de quien quiso  
ceñir laurel amargo y sin perfume!

Que hoy no evita la frente que lo lleva,  
cual otro tiempo, el rayo; hoy es la fama  
un crimen: ¡ay del que a su altar se atreva!

Quien roba el fuego a Dios, gime protervo  
atado a estéril roca: en él se ceba,  
buitre voraz, el infortunio acerbo.

¡Funesto don! ¡Llorad los que en el alma  
ansia sentís de tan fugaz victoria!

Cuerdos los hombres dieron igual palma,  
que al martirio, a la gloria.

Golondrina de otoño  
Soneto

Del norte huyendo las glaciales brumas,  
de África busca el prolongado estío,  
y rauda pasa, las azules plumas  
rozando leve en el cristal del río.

Si atrás pudiera yo, corazón mío,  
dejar así el dolor con que me abrumas,  
el nido huyendo de mi hogar vacío,  
surcara, oh mar, tus pérfidas espumas.

Pero ella ve el turbión que se avecina  
y va a otros climas de apacible calma,

porque remonta hasta el cenit su vuelo.

Yo imitaré a esa pobre golondrina

y hallaré la perdida paz del alma

subiendo en alas de la fe hasta el cielo.

En Sagunto

Meditación

Era el primero de noviembre. Lánguido

el sol, bajando al Occidente, el velo

de las nubes inmóviles teñía

de oro, de rosa y de carmín. Los negros

montes en torno sus abruptas cumbres

coronadas de luz, sobre los cielos

azules destacaban. A mis plantas

los campos sin verdor, con cenicientos

vapores confundíanse, y la noche

en el confín del horizonte inmenso

la frente alzaba sobre el mar plumizo,

coronada de pálidos luceros.

Todo callaba en derredor. Sentado

yo en las últimas gradas del soberbio

teatro saguntino, absorto y triste,

libertad a mis vagos pensamientos

di y a mi loca fantasía. El curso

de las viejas edades, en revuelto  
torbellino y en ondas presurosas,  
pasaba ante mis ojos, y el silencio  
profundo de la tarde interrumpían  
tan sólo para mí los tristes ecos  
de aquellas muertas voces, que sonaron  
sobre la tierra estremecida un tiempo.

Allí, de pie, con majestad se alzaban  
sobre las rotas losas del proscenio  
los semidioses trágicos y el coro  
cantando al ritmo de los himnos griegos.

Allí, en tropel confuso, los histriones  
con la careta cómica, ora al viejo  
lascivo remedaban o a la esclava  
astuta y corruptora, al pendenciero  
legionario, a la impura cortesana  
de los suburbios, al villano ebrio  
y al codicioso mercader, que pueblan  
las fábulas de Plauto y de Terencio.

Y la escena borrábase y vela  
sobre los muros al heroico pueblo  
de Sagunto inmortal. Sus anchos campos  
tala el cartaginés con los guerreros

del África y del Asia, infame turba  
ávida del botín. Membrudos negros  
hijos de Nubia, el ostentoso persa,  
el griego astuto, los egipcios pérfidos,  
los nómadas jinetes, con horrible  
vocerío en redor pasan, y el suelo  
cubren; y el cielo cubren, convidadas  
a igual festín, las bandas de los cuervos.

Y todo huyó después, como arrastrado  
por las alas rojizas del incendio,  
y el mudo reino de la muerte en torno  
los anchos llanos a mis ojos fueron.  
Doquier que los clavaba, allí las sombras  
de la pasada edad, allí el recuerdo  
de una gloria o de un crimen. No, en ninguna  
comarca de la tierra, el duro imperio  
de una raza sobre otra o de un tirano  
sobre todas las razas, con tan ciego  
furor se disputó como en los valles  
que verdes a mis pies se abren risueños.

Aquí, sin un cobarde, el pueblo todo  
de Sagunto murió. Desde esos cerros,  
vuelto hacia el mar, Aníbal contemplaba

las intranquilas ondas, a lo lejos  
soñando ver de la enemiga Italia  
las odiadas riberas. Los destellos  
del sol poniente las montañas doran,  
donde, invencible en el combate, al hierro  
del comprado puñal cayó en Viriato  
la independencia patria. Allá el postrero  
campo en que César combatió y redujo  
las últimas legiones de Pompeyo.

Y el mar también, que a mis absortos ojos  
dilátase sombrío, osó en aquellos  
remotos siglos emular las glorias  
de la vecina tierra. Fue su seno  
el que entreabrió la exploradora quilla  
de los trirremes de Sidón. Por esos  
cerúleos campos, del prudente Ulises  
la errante nave atravesó y al puerto  
llegó de las Hespérides. Lejanas  
de aquí las cumbres gigantescas veo,  
donde el griego marino alzó a la diosa  
casta y velada de la noche un templo.

Todo fue: nada es. Sólo del polvo,  
donde ignoradas en reposo eterno

yacen, se alzaron las antiguas sombras  
cuando turbó estos valles el estrépito  
con que pasaron las ardidas huestes  
de Jaime y de Vivar. Viose de nuevo  
aquí, tras tantos siglos, de la Europa  
y de África enemigas el siniestro  
combate a muerte proseguir, y al árabe  
y al cristiano luchar con el desnudo  
mismo de entonces, sobre el campo mismo  
donde Cartago y Roma combatieron.

¡Tierra empapada en sangre! En el transcurso  
de más de veinte siglos los severos  
anales de la Historia el nombre guardan  
sólo de tus tiranos. ¿Quién el diestro  
artífice sería que este augusto  
teatro levantó? ¿Quién fue el primero  
que de vides pobló nuestras colinas?  
¿Quién encauzó el arroyo turbulento  
fertilizando el llano, y quién de olivos  
plantó el sagrado bosque? ¡Oh vilipendio!  
La humanidad que el beneficio olvida  
consagra bronce y mármoles al miedo.

¡Cuántos, antes que yo, sobre estas rotas

gradas vinieron a sentarse, y luego  
cuántos vendrán y en el común osario  
como yo irán al hundirse! Es vano espectro  
de un sueño nuestra vida. Esos fingidos  
personajes de Plauto, que el proscenio  
de este arruinado anfiteatro un día  
poblaron con sus voces, duraderos  
son más que sus murallas. Y es que el arte  
tiene algo de inmortal, y los que el estro  
forja, seres fantásticos, no sufren  
la ley fatal que rige al universo.

¡Era el primero de noviembre!... El día  
expiraba en ocaso, cuando el trémulo  
triste son de las lúgubres campanas  
a orar llamó a los vivos por los muertos.  
Yo me postré y recé sobre la tumba  
de las pasadas razas. Fríos huesos  
del cadáver de Roma eran las piedras  
que hollaba con mis pies. Fúnebres restos  
son nuestra herencia amarga. El hombre vive  
siempre entre los sepulcros. Fatuos fuegos  
somos en noche triste, y polvo, y sombra,  
y humo, y ceniza, que arrebató el viento.

Al Polo

La nave que deja el puerto,  
¿sabe a qué azares se lanza?  
¿Conoce el hombre el incierto  
camino de la esperanza?

Del Norte el pálido astro  
sigue en su rumbo el marino,  
y el hombre el pálido rastro  
de la estrella del destino.

La nave camina a solas  
cuando el sol rompe las brumas,  
entre las azules olas  
y entre las blancas espumas.

Con las pasiones en calma  
y ante horizontes risueños,  
despierta a la vida el alma  
tras los infantiles sueños.

La nave deja los climas  
donde soplan vientos leves,  
y ve de lejos las cimas  
de las congeladas nieves.

Nuestra juventud declina,  
cual sol de marchitas lumbres,  
cuando la edad se avecina  
hacia las áridas cumbres.

Y siempre obstáculos halla  
nuestro infatigable anhelo,  
como esa nave que encalla  
en los témpanos de hielo.

Nuestro espíritu angustiado  
nublan las dudas tan sólo,  
como a ese buque han nublado  
las largas noches del polo.

Las ilusiones amadas,  
las esperanzas altivas  
huyen, como esas bandadas  
de las aves fugitivas.

No es fin de nuestros desmayos  
dar breve tregua a los males;  
no anuncian del sol los rayos  
las auroras boreales.

Como esa barca remotas  
playas ignoradas busca,  
afán de cosas ignotas  
nuestro pensamiento ofusca.

Hasta que la edad arranca  
del alma la ilusión bella,  
y, como al buque, en la banca  
de lo imposible la estrella.

Rompióse la nave fuerte  
y entre las corrientes vaga;  
así en el mar de la suerte  
nuestra existencia naufraga.

Y en tanto, ignorado y solo,  
cubierto en perpetuo invierno,  
se oculta lejano el polo  
inexplorado y eterno.

A un filósofo cristiano  
Ni el bien pasado ni el dolor presente  
nunca turbaron tu impasible calma,  
y, en excelsa región puesta la mente,

no hay una sombra en tu serena frente  
ni hay una duda que te angustie el alma.

Tal, de las nubes traspasando el velo,  
para bañarse en la perpetua lumbre  
del sol, huyendo del rumor del suelo,  
alzan los Alpes la nevada cumbre  
triste, infecunda y solitaria, al cielo.

Mas de la cima estéril se desata  
el agua en hilos de bruñida plata,  
para ser luego- fecundante río,  
lago que el cielo espléndido retrata,  
fuente que llora en ángulo sombrío.

Tal de tus labios la verdad ignota  
desde tu augusta soledad desciende  
sobre los pueblos que el error azota,  
y el sacro fuego de la fe se enciende  
y el santo amor entre los hombres brota.

En la muerte de una joven  
No muere el sol en el cenit, ni el río  
entre los anchos campos, que fecunda  
con sesgo curso, agota

su sonoro caudal, ni el cierzo frío  
las verdes frondas del abril azota.  
¡Bien tras del monte arde  
vaga la luz del día  
cuando declina la callada tarde;  
bien por la estéril playa  
sus turbias aguas la corriente envía  
donde la ola del mar gime y desmaya;  
bien en las ramas, que al pasar despoja  
de su retoño tierno,  
silba el viento en los árboles sin hoja  
en las noches glaciales del invierno!

¡Bien a la vejez trémula  
la amarga ley de fenecer!... Sucumba  
quien, del poder vital roto el imperio,  
la cana frente dobla, y de la tumba,  
triste asilo de paz, ama el misterio;  
que ese lúgubre asilo,  
cuando a él se llega con la frente mustia,  
sitio es en donde la sufrida angustia  
cede y descansa el ánimo intranquilo.  
Sólo tras de la suerte  
de esa transformación, dulce y divina,  
hacia el dintel oscuro de la muerte

la ancianidad camina,  
desatando los lazos con que aduna  
su doble ser la desigual fortuna;  
y a par que fluye al corazón más lenta  
la sangre, cobra el corazón más calma,  
y es más lodo la carne macilenta,  
más espíritu el alma.

Pero, cuando temprana  
la edad corona con los negros rizos  
la clara frente, y brilla  
en la tersa mejilla  
el sonrosado albor de la mañana;  
forman nido en el seno los hechizos;  
sonora la voz canta;  
vela el naciente amor casto los ojos;  
mueve la danza alegre la ágil planta;  
vive la risa entre los labios rojos,  
y todo al soplo de la muerte espira,  
¡ah!, la energía brava  
del alma estalla en impotente ira,  
de un loco azar al comprenderse esclava.

¿Quién sabe?... Del ignoto  
porvenir, ella, los tupidos velos

ya con su mano juvenil ha roto.  
¡Feliz si halló en el término remoto  
la puerta azul de los cristianos cielos!

#### Visión

«-¿Quién eres tú que, en la apartada cumbre,  
coronada de nieblas,  
huyes de la azorada muchedumbre  
y con tus sueños tu desierto pueblas?  
-Ven.»

Sobre el ígneo coche  
de rápidos, flamígeros corceles  
crucé con él las sombras de la noche,  
y surcamos los ámbitos profundos  
del no medido espacio,  
a través de los soles y los mundos.

«-¿Qué es esto?

-Mi palacio.»

Y descendimos sobre el mar, que muje  
como corcel salvaje, cuando el viento  
lo azota, y con empuje  
fiero levanta, orlados de diademas,  
montes de agua espumosa al firmamento.

«-¡Lejos huyamos de su horror!

-No temas.»

Y en oriental estancia,  
sobre la alfombra de mullida seda  
y entre aromas de célica fragancia,  
vi danzar la hurí leda,  
medio desnudo el seno de alabastro.  
«-¡Dichoso quien lograr sus besos pueda!  
-Yo desdeño el placer que huye sin rastro.»

Y entre el fragor de las revueltas haces  
que se entrechocan crueles,  
sirvió su voz de aliento a los audaces  
que, hiriendo con las lanzas los broqueles,  
repetían sus cánticos de guerra:  
«-¿Por qué no les das paces?  
-Yo sólo doy laureles.»

Y descendimos desde la ardua sierra  
hasta el valle tranquilo  
do juega el viento manso,  
brindándonos las grutas fresco asilo,  
grato rumor las fuentes cristalinas.  
«-¿Por qué en el blando césped te reclinás?  
-Es mi mejor descanso.»

Y de la corte el popular tumulto,

que cubre el fraude, la ambición y el dolo,

huyó pasando oculto:

«-¿No gozas?

-Me hallo solo.»

Y en la antigua ciudad de rotas piedras

sentóse entre las moles de granito,

que festoneaban las silvestres yedras:

«-¿Qué haces aquí?

-Medito.»

Y entró del templo en la desierta nave,

do suena hueca bajo el pie la tumba;

donde el canto sonoro

envuelto sube entre el incienso suave

y por los arcos góticos retumba:

«-¿Por qué bajas la frente?

-Rezo y lloro.»

Y ascendimos de nuevo a la montaña

sobre el carro de fuego,

y, evocadas por él, con forma extraña,

mil sombras miré luego

raudas pasar. Lo que la edad oculta

en el oscuro porvenir incierto;  
lo que dentro del alma se sepulta,  
todo lo miré abierto.  
«-¿Quién eres tú, que mandas al destino,  
descifras los arcanos,  
tienes la inmensidad para camino,  
polvo ante Dios, y Dios de los humanos?  
-Yo guardo del perdido Paraíso  
dentro del alma la visión primera;  
yo los abrojos de la tierra piso,  
la frente en otra esfera;  
yo sé del cielo el olvidado idioma:  
mago la Siria me llamó; profeta  
quien bebió el agua del Jordán escaso;  
sibila un tiempo me invocó de Roma  
la muchedumbre inquieta:  
hoy ignorado por la tierra paso,  
hoy me llamo poeta.»

Una tarde

Comenzaba el otoño. El sol caía  
como broquel de fuego tras la espalda  
del áspera montaña. Una alquería

blanca, del cerro en la aromosa falda,

era mi albergue, que ceñían en torno  
un huerto al pie y dos parras por guirnalda.

Los que engendró en la fiebre del bochorno  
agrios frutos la tierra, eran a octubre  
miel sazónada y primoroso adorno.

Como la madre en el regazo encubre  
al hijo tierno, y con alegre risa  
pone en sus labios la repleta ubre,

así naturaleza, a la indecisa  
luz de la tarde, acarició mi frente  
con los besos callados de la brisa.

Y me brindó el racimo transparente  
entre los verdes pámpanos, o el frío  
licor que mana en la escondida fuente.

Sentado al pie del álamo sombrío  
cerré el poema místico de Dante  
y abismé la mirada en el vacío.

¿Fue sueño? ¿Fue visión? Surgir delante  
vi las lúgubres sombras de su Infierno,

símbolos tristes de la edad distante.

Y ora dulce, ora horrible, en giro alterno  
sonaba el canto celestial del vate  
o el gran sollozo del dolor eterno.

Mas, como suelen, en marcial combate,  
los corceles pasar, suelta la brida  
y en los flancos clavado el acicate,

así la turba réproba en huida  
rauda pasó y en torbellino inmenso,  
cual paja vil, del huracán barrida.

Entre el nublado de la noche denso  
se perdió la angustiada muchedumbre,  
que tuvo un punto mi ánimo suspenso.

Luego, una blanca y apacible lumbre  
bañó la tierra y los vecinos mares,  
y por las breñas de la opuesta cumbre

vi descender hacia mis. pobres lares  
dos sombras: una, de laurel ceñida,  
y otra, nublado el rostro de pesares.

Paráronse ante mí, y con dolorida  
voz, la más triste de las dos, me dijo:

-«Alma gentil, para sufrir nacida,

tú revuelves en vano, entre el prolijo  
curso de tu angustiado pensamiento,  
la oscura frase que al mortal dirijo

en aquel prolongado, hondo lamento  
que, desde el antro de la vida humana,  
lancé en mi canto a la merced del viento.»

Yo respondí: -«Si no eres sombra vana,  
ilumina mi espíritu y la clave  
préstame de tu ciencia soberana.»

Ella inclinó hacia tierra el rostro grave,  
y dijo con palabra y con gemido:

-«¡Quien sabe de dolor todo lo sabe!

El secreto en mis versos escondido,  
es la excitada indignación, que azota  
los vicios de mi tiempo envilecido;

es esa noble aspiración que brota  
del pecho, y busca en la región serena  
de un prometido bien la luz remota.

Es la gloria comprada con la pena;  
es la lucha del ánimo cautiva  
que ansia volar, rompiendo su cadena.

Yo lo tracé para que eterno viva  
el cuadro fiel de la miseria nuestra,  
dote fatal de la maldad nativa.

Y esos que ante tus ojos en siniestra  
falange huyeron, del mundano vicio  
los monstruos son, que mi canción te muestra.

Yo hice rodar sobre su duro quicio  
las puertas, ¡ay!, del corazón humano,  
y me asomé temblando al precipicio.

Y penetré en su fondo, y vi el arcano  
de la existencia terrenal, y el lloro  
de entonces quiero contener en vano.

«La avaricia cruel, sedienta de oro;

la ira sangrienta, lívida y cobarde;

la adulación astuta y sin decoro;

la envidia artera; el fastuoso alarde  
del necio orgullo; la lascivia impura,  
que aún en las venas agotadas arde;

el ciego azar de la ignorancia oscura  
la soberbia razón, rebelde al yugo,  
vistiéndose el disfraz de la locura;

el egoísmo ruin, árbol sin jugo,  
sin frutos y sin sombra; el vil recelo,  
sirviéndose a sí propio de verdugo;

la falsa ciencia huérfana del cielo;  
trémula y suspicaz la tiranía;  
la venganza, sin goce y sin consuelo;

pálida la menguada hipocresía,  
haciendo, infame, su bazar del templo  
y en los dones de Dios su granjería:

eso miré en su fondo, y lo contemplo  
hoy como ayer, cual ponzoñosa yerba,

cual negra mancha y cual dañino ejemplo.

Ese fue el numen que mí frase acerba  
dictó contra mi siglo y con que azoto  
al torpe vulgo y la ruindad proterva.

Yo, que las puertas del Infierno he roto,  
sé de dolor y sé lo que se esconde  
del pecho humano en el recinto ignoto.»

Calló. Yo alcé la frente, y dije: -«¿En dónde  
buscar la amada paz y la alegría,  
que al santo afán de la virtud responde?»

«Ésta fue mi maestro y fue mi gula  
-dijo la sombra, y se volvió hacia aquella  
que el lauro de oro en la alta sien ceñía-:

fue la piadosa Beatriz la estrella  
que me alumbró por el confín precito,  
y el gran Virgilio encaminó mi huella.

La Poesía y el Amor bendito  
las fuentes son en donde el alma apaga  
su abrasadora sed de lo infinito.»

Reinó el silencio, y la penumbra vaga  
del ancho espacio esclareció un momento  
la luz de los relámpagos aciaga.

Visión y sombras, cántico y lamento,  
todo desapareció, como llevado  
sobre las libres ráfagas del viento.

Pero de entonces sé que del pecado  
redimir pueden nuestra amarga vida,  
el canto de los vates inspirado  
y el casto amor de la mujer querida.

A orilla del mar  
Improvisación

Blanca, gallarda, envuelta  
por la bruma del mar,  
la vela al soplo de la tarde suelta,  
la nave lejos va.

Boga, boga y se pierde  
cuando muere la luz,  
allá donde se juntan la mar verde  
y el horizonte azul.

¿De qué remotas zonas  
viene con rumbo audaz?  
¿El viento que hincha sus tendidas lonas,  
donde la llevará?

¿Trae el profundo seno  
con el oro y marfil,  
y con la seda y las esencias lleno  
del oriental confín?

¿O entre sus bordas cierra  
los que el odio engendró,  
monstruos de bronce a los que da la guerra  
su atronadora voz?

¿Verá del ancho puerto  
la alegre multitud,  
o el negro abismo de la mar abierto  
será su tumba aún?

Buscando nuevos lares  
de la fortuna en pos,  
¿dieron, los que allí van, a sus hogares  
el triste último adiós?

¿O desde la alta prora  
buscan el techo fiel,  
en donde se ha contado hora por hora  
su tardanza cruel?

Blanca, gallarda, envuelta  
por la bruma del mar,  
la vela al soplo de la tarde suelta,  
la nave lejos va.

Boga, boga y se pierde  
cuando muere la luz,  
allá donde se juntan la mar verde  
y el horizonte azul.

Yo, imagen suya, ignoro  
mi origen y mi fin;  
si breves dichas o perpetuo lloro  
me guarda el porvenir.

Mi alma y ella los mismos  
destinos correrán,  
yo en dudas y ella entre los dos abismos  
del cielo y de la mar.

A bordo

La mar, tras la borrasca, se estremecía sorda  
del moribundo día a la dudosa luz,  
cuando yo, sobre el puente, de pechos en la borda,  
pensaba así, mirando la inmensidad azul:

Bajo la frágil tabla donde al azar me fío,  
¿qué pasa en los abismos recónditos del mar?  
¿Qué ley rige ese mundo desconocido y frío,  
sumido en los horrores de eterna oscuridad?

¿Qué monstruos gigantescos vagan por él a solas  
mudos, inquietos, ciegos, sin odio y sin amor?  
¿Qué seres misteriosos, debajo de esas olas,  
cruzan entre las sombras sin voz y sin rumor?

La Soledad inmensa, la Noche interminable  
y el gran Silencio, eterno, rigen a par los tres  
este escondido imperio del ancho mar inestable,  
que se estremece y gime debajo de mis pies.

Cuando la nave, herida por la cruel tormenta  
su destrozado casco hunde en el mar voraz,  
¿qué descubre en las aguas, por donde baja lenta,

el capitán que atado al roto mástil va?

¿Ve de los buques náufragos desde la edad remota,  
sin velas y sin remos, sin rumbo y sin timón,  
entre las densas nieblas pasar la negra flota  
de Oriente al Occidente, del Sur al Septentrión?

¿Ve del antiguo pueblo, que sumergió precito  
el agua del diluvio, alzarse de pie aún,  
las torres y los templos de mármol y granito,  
y el pórtico y los foros sin voz ni multitud?

¿Ve de los continentes el conmovido asiento,  
y de las grandes islas el deleznable pie,  
que grano a grano arranca el líquido elemento,  
para en común naufragio sus restos envolver?

Lo que en tu seno ocultas, oh mar, la tierra ignora:  
¿la tumba eres acaso de un mundo que murió?  
¿O acaso eres la madre fecunda y creadora,  
que en sus entrañas guarda de un mundo el embrión?

Hoy, no, como en los tiempos de la risueña Grecia,  
con las sirenas pueblas tu inmensidad sin fin;  
hoy, cuando en tus llanuras la tempestad arrecia,

no aplaca ya Neptuno tus ondas de zafir.

Hoy Venus ya no nace de tu ligera espuma;  
Proteo sus rebaños no lleva por ti, oh mar;  
y la verde Anfitrite, ceñida en tenue bruma,  
no habita tus palacios de nácar y coral.

Mas, cual la antigua Venus, hoy de tus aguas brota,  
al beso del sol cálido, blanco vapor sutil  
que engendra, cuando en lluvia desciende gota a gota,  
los frutos del octubre, las rosas del abril.

De ti, cual de Neptuno, la nube que camina  
al viento y luz cambiando de forma y de color,  
el río turbulento, la fuente cristalina  
y el solitario lago los tributarios son.

Te hablo, y con un gemido parece que respondes,  
y finjo que mi suerte como la tuya es;  
que algún dolor inmenso dentro del seno escondes,  
como el que en mi alma triste escondo yo también.

Nafragio de esperanzas, ruinas del bien ausente  
y sombras y terrores, el hombre, como tú,  
encubre: él, bajo el velo de su serena frente;

tú, bajo el falso velo de tu sereno azul.

Narrativas

Romance

La aldea en que vivo cierran

dos montañas elevadas,

y de mis ventanas miro

las dos cumbres solitarias,

negras sobre el fondo de oro

del sol, que muere a su espalda.

Torres de un noble castillo

coronan a la más alta,

y en la cima de la opuesta

una pobre ermita se alza.

Todos en el pueblo ignoran

quien, en edades lejanas,

construyó las negras torres

ni la pobre ermita blanca;

mas cuentan que en viejos días,

cuando en las regias estancias

del castillo, a media noche,

los caballeros y damas

entre los brindis reían

o el necio juglar cantaba,

allá, en la oscura capilla

de la otra cumbre, las santas  
oraciones y los himnos  
de humildes monjes sonaban.

La campana de las torres  
fue horrible grito de alarma,  
nuncio de las enemigas  
destructoras algaradas;  
la campana de la iglesia  
era la voz de las gratas  
fiestas que el pueblo sencillo  
a un Dios de paz consagraba.

Ferradas puertas y fosos,  
ennegrecidas murallas,  
alzados puentes y alerta  
los centinelas, la entrada  
vedaron por los senderos  
que a la fortaleza alcanzan:

junto a la vetusta ermita  
la hospedería sagrada  
dio al cansado peregrino  
lecho, y pan, y amor del alma.

Desde el rastrillo hacia el valle  
bajaron los hombres de armas,  
talando el campo y pidiendo  
tributos dados con lágrimas.

Con rotos sayales grises  
también los monjes bajaban  
mendigando el bien del rico  
para darlo en las cabañas.  
Se erguía frente al castillo  
la horca negra en ancha plaza,  
y en la plaza de la ermita  
la cruz con secas guirnaldas.  
Los que en los fosos cayeron  
en las siniestras batallas,  
yacen, sin tumbas benditas,  
bajo sus inmundas charcas;  
los que en la iglesia reposan,  
yacen bajo losas pardas  
sobre las que llora o reza  
el caminante que pasa.  
Hoy en las rajadas torres  
anidan sólo las águilas,  
y los altaneros muros  
sólos las yedras asaltan,  
mientras que van las palomas  
en rumorosas bandadas  
aún a posar en la torre  
de la pobre ermita blanca.  
Hoy huyen las campesinas

la fortaleza arruinada,  
y al atrio de la capilla  
van el domingo a sus danzas.  
Cuentan del viejo castillo  
consejas que al vulgo espantan,  
y a par cuentan los milagros  
del santo de la montaña.  
Nobles, juglares, guerreros,  
pasaron como las fatuas  
sombras de un sueño, y el monje  
aún vive en su humilde casa.  
Polvo serán las almenas,  
polvo las marmóreas salas,  
polvo barrido del viento  
muros y torres cuadradas;  
y aún se alzaré sobre el monte  
la ermita, cuya campana  
sonando trae a mi oído  
voces que al cielo me llaman.  
Cuando las dos cumbres miro  
desde mi estrecha ventana,  
fínjome que simbolizan  
una, la ambición bastarda,  
la vil codicia y la estéril  
gloria con sangre comprada;

y otra, el santo amor celeste,  
la aspiración noble y casta,  
fecunda, inmutable, eterna,  
como el Dios de quien emana.

### Égloga

Ella, la que acompaña  
siempre mi soledad, subió conmigo  
una tarde de abril a la montaña,  
y, junto al bosque amigo  
de los antiguos robles corpulentos,  
entrambos sin testigo,  
con débiles acentos,  
dimos nuestros coloquios a los vientos.

### YO

¡Cómo al cálido beso  
del sol, la tierra toda estremecida  
palpita y siente el corazón opreso  
con el afán de renaciente vida!  
Mira, de la congoja  
del aterido invierno  
despierta el valle, que al placer convida,  
y cada soplo de aire en cada hoja  
deja un suspiro tierno.

ELLA

Ese soplo que engendra  
las llores en las ramas del manzano  
y entre las hojas la temprana almendra,  
también, hasta el humano  
pecho, llevando su fecundo arrullo  
con sus revueltos giros,  
abre en el corazón ese capullo  
cuyo perfume son nuestros suspiros.

YO

Mira cómo del hondo  
barranco sale hacia el risueño valle  
el río, y copia en su tranquilo fondo  
de álamos negros la extendida calle.  
Mira cómo se pierde  
su sesgo curso entre la alfombra verde  
del fresco prado, y salta  
su caudal cristalino  
para vencer el alta  
presa de aquel molino,  
y luego ensancha el curso y se dilata  
brillando al sol como raudal de plata,  
hasta perderse al fin del horizonte  
doblando el pie del contrapuesto monte.

ELLA

¿Quién sabe, más allá, si entre las quiebras  
¡ay!, alejado de su humilde cuna,  
irá rompiendo sus delgadas hebras,  
o en fétida laguna  
sus muertas aguas la temida peste  
pálida engendrarán?... De su fortuna  
no ansíes tú el rumbo, no. Dicha celeste  
para ti guarda el pobre  
hogar donde naciste y donde a solas  
tu alma será como la oculta fuente,  
más fecunda en su lánguida corriente  
que el turbio mar con sus inmensas olas.

YO

Mira cómo verdea  
del nuevo trigo la cosecha opima  
desde las blancas casas de la aldea  
hasta del monte en la redonda cima.  
Mira el ala del viento  
cómo los tallos al pasar orea  
con blando movimiento,  
y huye después, como atrevido amante,  
que, en perdonable exceso,  
de su amada en el labio palpitante

logró imprimir el disputado beso.

ELLA

En el surco el labriego escondió el grano,  
como oculta el avaro su tesoro:  
pronto vendrán los fuegos del verano  
y brotarán doquiera espigas de oro.

En tu ánima sencilla  
guarda bien la semilla  
de mis palabras dulces y serenas  
del mundo infiel contra los torpes daños;  
y, como a fruto de tus largas penas,  
verás cuál nace en ti, al correr los años,  
el pan bendito de las almas buenas.

YO

Mira con raudo vuelo  
cómo las pasajeras golondrinas  
surcan de nuevo nuestro alegre cielo,  
y buscan, escondidos  
en las viejas encinas  
o en la alta torre, los antiguos nidos.

ELLA

Cuando el pálido invierno  
cubra con manto blanco esas laderas,  
huirán del nido tierno

las negras golondrinas pasajeras;  
y sólo el pardo gorrión, que enoja  
con su trinar sencillo,  
será fiel a los árboles sin hoja  
y al nido de las torres del castillo.

Quien busca el tibio sol de tu fortuna  
si el duelo viene, te abandona y marcha,  
como la golondrina huye su cuna  
cuando llega la escarcha.

Ya del vago crepúsculo los tules  
iban cubriendo la región serena;  
las abejas dejaban las azules  
flores por la colmena;  
la yunta de los bueyes  
arrastraba el arado en los senderos;  
las baladoras greyes  
llamaban a los tímidos corderos,  
lentas marchando hacia el cercano aprisco;  
centelleaba la hoguera  
del leñador, en empinado risco;  
iba inundando la ondulada alfombra  
de la verde pradera  
de las montañas la creciente sombra;  
sonaba la campana

de la ermita vecina,  
a par que la lejana  
canción de la afanada campesina,  
cuando, buscando del hogar que humea  
el pobre techo amigo,  
de la montaña, entrambos sin testigo,  
mi musa y yo, bajamos a la aldea.

La fiesta de Venus

Ya del oscuro Citerón las cumbres  
bajaba el sol a trasponer, vertiendo  
ríos de luz sobre los verdes mares,  
cuyos abrazos lánguidos, y besos  
dulces y prolongados, adormecen  
los grupos de las islas del Egeo  
Helios guiaba sus caballos de oro  
hacia el collado de la augusta Delfos,  
y en las rocas de Egina y las abruptas  
cimas sagradas del antiguo Himeto  
sus reflejos de púrpura bañaban  
los bosques de olivares cenicientos,  
por donde va, entre franjas de verdura,  
del Cefiso el caudal siempre risueño.

Sunium extiende la azulada sombra  
de su alto promontorio sobre el lecho

de las calladas ondas, y en la cumbre  
blanco se eleva de Minerva el templo,  
donde Platón meditabundo entabla  
coloquios con las musas del silencio.  
De allí descubren los pasmados ojos  
todo el golfo del África, y los senos  
de sus risueñas costas, y el enjambre  
de sus pequeñas islas que, en el terso  
cristal, parecen cual bandada de aves  
fugitivas del África, que el sueño  
detuvo allí una noche, y que a otros climas,  
tornando el alba, emprenderán su vuelo.

Bajo del ancho pórtico, en las gradas  
que hasta el atrio conducen, sobre el fresco  
césped que brota entre las blancas piedras,  
de las columnas jónicas sustento,  
Platón descansa entre el amado grupo  
de sus fileles discípulos, que atentos  
ora a la voz de su elocuente labio,  
ora el rumor del mar, que en sordo estruendo  
bate del cabo las diformes rocas,  
ora a las quejas lánguidas del céfiro  
yacen inmóviles semejando aquellas  
escenas de los dioses que el eterno

cincel de Fidias, en los anchos frisos,  
supo trazar del Partenón soberbio.

Callados miran, de la clara tarde  
a la mudable luz, tierras y cielos  
prolongarse sin límites. La noche  
sube ya por las faldas del Taigeto;  
pero aún el rayo trémulo del día  
brilla sobre el sepulcro de Teseo.

Callados miran de la mar hirviente  
los vívidos cambiantes y el incierto  
vaivén de sus llanuras solitarias,  
que leve impulsa pasajero el viento;  
cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa  
trajo a su oído el rumoroso eco  
de la confusa multitud, que invade  
las murallas de mármol del Pireo.

Largos trirremes de encorvadas proras  
con la estatua de un dios; con los abiertos  
velámenes de púrpura, que ciñen  
cuerdas de seda pérsica, al ligero  
soplo del aire henchidos; con la popa  
de oro y marfil ornada, y con los remos  
blancos cayendo en uniforme golpe

sobre las quietas aguas, desde el puerto  
bogaban hacia el mar, y al clamoroso  
grito de despedida, los viajeros  
de las gallardas naves, agitando  
ramas de mirto y en la sien ciñendo  
frescas guirnaldas de fragantes rosas,  
de, ¡adiós!, mandaban el alegre acento.

«Mirad: la primavera  
-dijo Platón- con sus templadas lumbres  
ya de la azul esfera  
bajó de Grecia a las desiertas cumbres;  
ya de las urnas de los sacros ríos  
brotó el caudal sonoro,  
y en los valles umbríos,  
cabe las fuentes, las risueñas ninfas  
danzan en raudo coro,  
sus pies mojando en las fugaces linfas.  
Abril sobre la tierra  
llegó seguido de inocentes juegos,  
y en todo pecho virginal encierra  
del casto amor los poderosos fuegos.  
Ya la guirnalda trémula corona  
los álamos y acacias,  
y el himno alegre de la vida entona

el grupo de las Gracias.

Mirad: esas veleras

naves que van sobre la mar sombría,

dejando atrás de Atenas las riberas,

mañana, cuando el día

trace en Oriente la argentada raya,

nuncio del sol, entre la niebla fría

verán de Chipre la extendida playa,

donde, con voz doliente

la madre de Afrodites, a la ausente

hija llamando, lánguida desmaya.»

Calló, y las naves avanzando raudas

dejan atrás el mágico archipiélago

de las Cícladas islas, y en las aguas

navegan ya del cabo, hacia el estrecho

encaminando el rumbo. A Chipre llevan,

para postrarse ante el altar de Venus,

los peregrinos del amor, que el voto

de ver la diosa del abril hicieron.

Sobre la popa en grupo las doncellas,

al compás de acordados instrumentos,

tejen las danzas de la Frigia, en tanto

que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,

al blanco soplo de la tarde, entrega

el himno sacro en cadenciosos versos.

## HIMNO A VENUS

### I

Cuando nació en el agua que rompe en las arenas,  
a Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas  
trajéronla, diciendo monótono cantar.

Cuando enjugó en la orilla su cabellera blonda,  
las gotas que cayeron sobre la móvil onda  
las perlas son que, avaro, guardó en su fondo el mar.

### II

Cuando entreabrió los ojos, cual rayo de alegría,  
bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día,  
vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.  
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres,  
y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,  
tiñó las tenues nubes con cálido arrebol.

### III

Cuando entreabrió los labios, las inodoras brisas  
el inconstante vuelo pararon indecisas  
para aspirar el ámbar nacido en su carmín.  
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,  
llenaron los espacios con célicos aromas  
de rosa y de violetas, de nardo y de jazmín.

#### IV

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento  
las palmas imitaron cimbrándose en el viento,  
las nubes en los cielos flotando el blanco tul,  
los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,  
y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas  
rodaron armoniosas por la extensión azul.

#### V

Hablé, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo;  
el céfiro en las ramas, con plácido murmullo,  
fingió el suspiro tierno que arrebató veloz.  
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,  
formaron todas juntas los mágicos conciertos  
que, aun hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

#### VI

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,  
nació la que hoy adoran de Chipre en los altares;  
su enamorado esposo el dios del fuego es.  
La Guerra entre sus brazos semivencida duerme,  
y del triunfante Baco, su débil mano inerme  
los sanguinarios tigres encadenó a sus pies.

#### VII

Por premio en el certamen ganó de la hermosura  
el rico fruto de oro, y a su gentil cintura

atáronle las Gracias el blanco ceñidor.

Su símbolo es el mirto, que el aquilón no troncha;

su carro de batalla la nacarada concha;

sus invencibles armas las flechas del Amor.

## VIII

Cantemos a la diosa en cuyo templo augusto,

sobre las limpias aras, el sacerdote adusto

no inmola ser alguno con matador puñal.

Llevámosle de Arabia las olorosas gomas,

del Pindo y del Coëta las candidas palomas

y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan

Platón y sus discípulos, atentos

los cantos de las naves, y repiten

a medía voz sus armoniosos metros.

La luz tranquila de la tarde clara;

la soledad callada; el casto beso

de la apacible brisa; el son lejano

de las acordes liras; los reflejos

de los dormidos mares; los efluvios

de las silvestres flores, y el concierto

de las aves que anidan en los bosques

de olivos y laureles, todo a un tiempo

la mente inclina a meditar, y todos  
su vista al rostro de Platón volvieron.

«Sí -les dijo el filósofo-, la diosa,  
cuya dorada hebra  
rayo es del sol, y cuyo pie a la rosa  
dio su color purpúreo, la graciosa  
fiesta en los templos del amor celebra.

Pero el sagrado mito  
que en su risueño culto  
dejó la Grecia primitiva escrito,  
hoy, del pudor insulto,  
perdió en los pueblos su sentido oculto,  
y es de la carne el oprobioso rito.

Venus no fue la meretriz impura,  
sino el místico emblema  
de la incesante y renaciente vida,  
que eternamente dura  
del casto amor bajo la ley suprema.

Venus es la escondida  
fuerza que late en todo;  
alma por arte misterioso unida  
del cuerpo vil al deleznable lodo.  
Es el consorcio, el plácido himeneo,  
la infatigable creación, la esencia

que por secreto modo  
vívida alienta el pertinaz deseo.  
Venus es la existencia,  
que audaz la muerte pasajera trunca;  
pero que entre sus brazos  
Naturaleza, con amantes lazos,  
perpetua engendra sin cansarse nunca.

Por eso cuando asoma  
bella en abril la verde primavera,  
y busca la paloma  
a la paloma fiel por compañera;  
cuando se abren en flor las secas ramas;  
cuando en el prado y en la parda loma,  
del sol naciente a las templadas llamas,  
dan las plantas al viento el suave aroma;  
cuando cada semilla  
germina oculta en la bañada tierra,  
y el nido la avecilla  
allá en el fondo de la selva encierra;  
cuando brota el retoño;  
cuando corre festiva  
los claros bosques la ufanada cierva,  
y, huésped del abril hasta el otoño,  
la codorniz esquiva

viene a esconderse entre la fresca hierba,  
y la cabra lasciva  
busca las tiernas hojas del madroño,  
y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,  
a la ciprina diosa,  
símbolo fiel de los amantes fuegos,  
la juventud consagra hojas de rosa,  
el himno dulce y los alegres juegos.»

Calló, inclinando el rostro, y los discípulos  
meditaban las frases del maestro,  
cuando, tras del Acrópolis, la luna  
su disco alzaba enrojecido, inmenso,  
y el amarillo nimbo del crepúsculo  
sobre los montes se apagaba lento.

Más que otras noches en la azul techumbre  
blanco brillaba el diamantino Véspero,  
propicio al navegante, y su albo rayo,  
copiándose sobre las aguas trémulo,  
pareció que a las naves atenienses  
marcaba el rumbo por el mar desierto,  
donde velas, y música y cantares  
entre sombra y distancia se perdieron.

Mitológicas

Orfeo

¡De Ovidio los dulces versos  
qué tristes lecciones guardan!

Cuando la tarde las sombras  
prolonga de las montañas,  
yo, al pie de los viejos olmos  
que el arroyo copia y baña,  
leí de Orfeo y de Eurídice,  
meditabundo la fábula.

Al hondo averno desciende  
el bello cantor de Tracia,  
diciendo al son de la lira  
las concertadas palabras,  
y al resplandor de su frente  
la eterna noche se rasga,  
y al eco de su voz dulce  
el duelo eterno se aplaca.

Por la faz de las Euménides,  
ruedan las primeras lágrimas;  
Tántalo olvida las ondas  
de las fugitivas aguas;  
Ixión detiene su rueda;

los buitres, que las entrañas  
de Ticio devoran, cesan  
el cruel festín; con sus ánforas  
vacías al canto atienden  
de Belo las hijas pálidas,  
y hasta Sísifo sentado  
sobre su peñón descansa.

Absorto el bátraco escucha  
las enamoradas ansias  
que, con cadencioso metro,  
la lira de Orfeo exhala;  
y él, de Eurídice seguido,  
por entre las sombras pasa,  
robando al tártaro aquella  
que es la mitad de su alma.

Ya dejó el antro; ya mira  
lejana la luz del alba;  
ya puso un pie de Aqueronte  
sobre la temida barca:

¿Por qué enmudeció su lira?...

¿Por qué su canción se apaga?...

¡Roto el encanto del himno  
que las contenía esclavas,  
de nuevo las negras Furias

a Eurídice le arrebatan!

-Yo pensé: La poesía  
baja así al fondo del alma,  
entro donde las pasiones,  
cual fieros monstruos, batallan.

A su resplandor celeste  
los duros tormentos paran,  
y, rescatado el espíritu,  
desplega libre las alas  
para volar hacia donde  
la inspirada voz le llama;  
pero, al apagarse lentas  
las vibraciones del arpa,  
mueren con ellas las breves  
horas de amor y esperanza.

Psiquis

Como naves ancladas  
del ancho puerto en el seguro asilo  
cuando en el mar la tempestad arrecia,  
en tu golfo tranquilo  
duermen las islas Jónicas, oh Grecia.

Cual cisne de albas plumas

sobre el azul del lago,  
coronada de brumas,  
Chío levanta su contorno vago,  
del mar entre las candidas espumas.

Cual nido de palomas,  
en medio de los bosques seculares  
se alza un albergue entre las pardas lomas,  
al que dan besos las volubles brisas,  
cantos de amor los mares,  
rumor las fuentes, el jardín aromas,  
rayos el sol y el cielo sus sonrisas.

Allí es do Psiquis mora,  
la de pálida frente soñadora,  
la que vela desnudos sus hechizos  
con la red de oro de sus blondos rizos.  
Cuando va sobre el mar, blanca sirena;  
náyade azul, cuando atraviesa el río;  
ondina en la serena  
fuente, y en el sombrío  
bosque, que el mirto con la yedra aduna,  
ninfa dormida al rayo de la luna.

Cuando la noche enciende

mil astros en la sombra,  
entre el murmullo de la brisa entiende  
ella una voz que tímida la nombra;  
siente en los lazos del amor opreso  
su corazón, y siente  
de dulces labios perfumado beso  
bañar sus ojos y rozar su frente;  
pero quién sea su amador ignora,  
y sólo triste sabe  
que, como vuela, amaneciendo, el ave,  
huye su amante al despertar la aurora.

Una noche... su mano la intranquila  
lámpara oculta aproximando, aclara  
el misterio escondido,  
y al débil rayo de la luz que oscila,  
sin flechas, ni arco, desceñido, inerme,  
ve al dios alegre del amor, Cupido,  
que enamorado entre sus brazos duerme.

Despierta el dios y con adusto ceño  
a los ojos de Psiquis desaparece,  
cual desaparece la visión de un sueño.

.....

De entonces triste y solitaria llora,  
y en vano siempre aguarda,  
desde que muere el sol hasta la aurora,  
y ensordece la selva,  
suplicando con mísero gemido,  
que el dios voluble del amor, Cupido,  
al fiel regazo abandonado vuelva.

Así el afán de investigar la ciencia  
le roba al pobre corazón la calma;  
así, al perder su cándida inocencia,  
huye y no vuelve la ilusión del alma.

## Canciones

### Canción a la luna

Vedla ya allí: cual punto diamantino  
brilló en la enhiesta cumbre  
del pardo monte, y su fulgor divino  
esparce en torno soñolienta lumbre.  
A su temblante rayo cristalino  
estremecido el viento se dilata;  
la húmeda sombra se recoge en pliegues  
al hondo valle, y su raudal de plata  
mueve bullendo el plácido arroyuelo;  
tiende la brisa de la noche el vuelo

que en la hojarasca, en lánguido murmullo,  
largo susurra, y gime solitaria  
la tórtola doliente,  
que da de amor el postrimer arrullo.  
Todo el espacio conmovido siente,  
Luna, a tu luz, un lánguido embeleso,  
cual casta virgen a quien dio el esposo  
en la noche de amor el primer beso.

Busque en tu disco refulgente el sabio  
la causa de tu luz, la mancha opaca,  
la fuerza que te impele y tu camino;  
y diga al hombre su ufanado labio,  
como una prueba de su ciencia flaca,  
la ley de tu destino.  
¿Qué importa su palabra? Ante mis ojos  
eres el áureo coche  
do lenta cruza por el alta esfera  
la reina de la noche,  
marcando con luceros su carrera;  
eres del manto que la noche viste,  
de luz bordado sobre tarde triste,  
el diamantino broche;  
eres el ángel del amor, que vela  
su misterio profundo

con esa sombra que el amante anhela:

¡Quién sabe! ¿Será acaso

que cuando el sol desciende hacia el ocaso,

adormecido el mundo

sueña entonces tu cándida hermosura,

y es un sueño no más tu imagen pura?

De dulce paz y del silencio amiga,

reina del corazón, ¡cómo enamoras!

¡Con qué placer, siguiendo tu camino,

breves contemplo resbalar las horas!

Cuando en tu luz tranquila

se clava mi pupila,

allá en el fondo de mi pecho siento

brotar un sentimiento

de ternura inefable,

cual mezcla de tristeza y de contento;

siento que se alza en la conciencia mía

la voz de mi pasado,

áspera voz de la virtud austera,

que, condenando la pasada vía,

me marca en lo futuro mi carrera.

Y tú, elevada por el blando vuelo

del ángel que te guía,

llegas por fin a la mitad del cielo,  
luz derramando en la extensión vacía.  
De los astros la inmensa muchedumbre  
se ha borrado a tu paso,  
y tiembla sola tu igualada lumbre  
del Oriente al Ocaso.

¡Paz en la inmensidad! ¡Reinas señora!  
¡Oh! Si mi pecho enamorado fuera,  
en la cándida luz que tu faz dora  
la pura imagen de mis sueños viera,  
y en esos rayos de flotante plata  
viera su casto velo,  
y en la paz que derramas por el cielo  
la paz que en sus miradas se retrata.

Fínjome ver por los cercanos mares  
pasar la nave, que a la costa llega,  
y oigo que al canto de la musa griega,  
un pueblo todo te levanta altares.

Ese tiempo pasó: roto contemplo  
hoy, con amarga pena,  
tu soberano templo  
sepultado en la arena.

Pero tú no has pasado; tú iluminas  
con tu eterno esplendor y lumbre pura

sus informes ruinas;  
y yo que, triste al contemplarlas, lloro,  
idólatra, cual soy, de tu hermosura,  
aún, Luna, yo te adoro.

Canción, del ruiseñor de voz sonora  
que trina por la noche en la espesura,  
órnate con las galas,  
y con sus prestas alas  
a Edeta vuela, donde noble dama  
te acogerá benigna, canción triste,  
que ella, cual yo, las soledades ama.

Canción a las flores  
Cuando la tierra toda  
creó en un día el Hacedor Supremo,  
como traje de boda,  
la coronó de flores  
de un extremo del mundo al otro extremo;  
y cuando en el pecado  
cayó el hombre, llorando sus angustias,  
sobre el tallo delgado  
doblando todas sus corolas mustias.

De entonces que en su frente

brillan las gotas de agua transparente,  
que el viento del estío  
seca, pasando con callado vuelo,  
y son las tenues perlas del rocío  
lágrimas de los ángeles del cielo.

Reinas de los festines  
fueron en Grecia y Roma;  
Semíramis les daba sus jardines;  
Nerón gozaba en respirar su aroma.  
Del seno de la flor que el Ganges cría,  
nació el dios del Oriente;  
risueño el Numen que preside al día,  
hizo a la blanca Aurora  
volar delante de su carro ardiente,  
llovía de rosas derramando en torno;  
y la callada Noche al dios del Sueño  
le ciñó como adorno  
las guirnaldas de flores del beleño.

La Virgen sin mancilla,  
la que en el trono de los cielos brilla,  
dispensadora de perpetuos bienes;  
la que del cieno arranca  
y encumbra el alma a la región serena,

lleva en las nobles sienes  
de tristes flores la corona blanca  
y en las manos la cándida azucena.

Adorna la sencilla campesina  
con rojas amapolas  
de su cabello los flotantes rizos,  
cuando en la cristalina  
fuente de mansas olas  
mira copiarse, alegre, sus hechizos.

La suntuosa estancia  
donde en dorados búcaros consume  
la flor de extraños climas sus corolas,  
llena está de su célide fragancia;  
llena de su perfume  
la iglesia humilde de la pobre aldea;  
flores lleva en la falda  
la niña que en los prados juguetea;  
de flores es la púdica guirnalda  
que al pie del altar ciñe  
la nueva esposa, cuyo rostro tiñe  
vergonzoso el rubor de los amores;  
cubren las frescas flores  
del triunfador la clamorosa vía;  
mústianlas en sus frentes

las impuras bacantes de la orgía;  
cuídalas la doncella  
que en la estrecha ventana,  
para reír con ella,  
las ve el cáliz abrir cada mañana.  
El goce, que no dura,  
ama las tiernas flores fugitivas;  
la fría sepultura  
ama las inmortales siemprevivas.

Tenues hojas brillantes,  
juguete de los vientos inconstantes,  
nacidas a la aurora  
y muertas a la tarde,  
víctimas de la lumbre que las dora  
y en sus pétalos arde,  
en vuestro seno posa.  
rival de vuestras galas,  
la incierta mariposa,  
que es otra flor con alas.  
Cual galán, que a la reja  
de su amorosa esquiva  
pesares canta, la dorada abeja,  
zumbando en torno, en vuestro cáliz liba.  
En vuestro seno quiso

Dios guardar una gota  
de la perdida miel del Paraíso;  
y en la esencia que en vuelo  
leve al redor de vuestras hojas flota,  
algo del aire que embalsama el cielo.

Cuando al morir el día  
cruzo yo pensativo los jardines,  
estrella que me guía  
paréceme la flor de los jazmines;  
y el capullo de rosa  
que en el vergel descuella,  
como púdica virgen, ruborosa  
de que la llamen bella.

Son lluvia de amatistas los racimos  
de las abiertas lilas.

La humilde violeta, que se pierde  
entre el césped, semeja a las pupilas  
de brillo azul tras la persiana verde.

Son cautivas beldades, entre abrojos  
los azahares presos;  
son los claveles rojos  
labios que dan enamorados besos;  
cetro de la hermosura  
la rama de los frescos alhelíes;

voluble el girasol, se me figura  
que dice «no te fíes».  
Imagen del amor que amor procura  
la pasionaria dulce y sin espinas;  
cual Venus de los mares,  
surgen de entre las aguas cristalinas  
los blancos nenúfares,  
y míranse inclinados  
del claro arroyo en las sonoras linfas  
los lirios azulados,  
como en la fuente el grupo de las ninfas.

Bellas flores queridas,  
hijas de la apacible primavera,  
¡cómo al miraros siento las heridas  
hoy renovarse de mi edad primera!  
Los deseos del alma y su audaz brío  
cruel el tiempo mata,  
cual vuestro cáliz mustia y lo arrebató  
la ráfaga de estío.  
¡Cuánta esperanza se trocó en desmayo!  
¡Cuánta ilusión en luto!  
¡Y cuánta bella flor, nacida en mayo,  
no dio al otoño el fruto!  
Cual cubre el amarillo jaramago

las ruinas desiertas,  
así un dolor indefinible y vago  
cubre mis ansias muertas.  
Pero ¿quién no ha salvado del olvido  
un recuerdo feliz de sus amores?  
¿Quién no guarda escondido  
un ramo seco de marchitas flores?

#### ENVÍO

Canción, vuela distante,  
vuela a mi edad amante,  
y di en secreto a aquella  
por quien mi eterno amor guardo constante,  
que cuando veo flores, pienso en ella.

#### Canción a la rosa

Cuenta una vieja fábula que, cuando el Señor quiso  
poblar de humanos seres el nuevo Paraíso,  
aún virgen de dolor,  
puso en las manos trémulas de la primera esposa  
el capullo entreabierto de la primera rosa,  
símbolo del amor.

Joya por los celestes artífices labrada,  
y para la que dieron sus luces la alborada,  
su blanca espuma el mar,

los invisibles ángeles las gasas de sus velos  
y el aire los perfumes y aromas de los cielos  
robados al pasar.

Para las ricas tintas de sus brillantes hojas  
vinieron del Ocaso las llamaradas rojas,  
de Oriente el arrebol;  
pidiéronle al rocío sus perlas por tesoro,  
y formaron los pétalos de su corola de oro  
con los rayos del sol.

De entonces que la rosa, de la materia oscura,  
fue la transfigurada esencia ardiente y pura  
que sube a lo ideal,  
y en el humilde arbusto sobre la frágil rama  
brilló con hojas tenues, como la casta llama  
de un alma virginal.

De entonces que es la rosa como el sagrado emblema  
de toda ambicionada felicidad suprema,  
de todo inmenso bien;  
adorno en los festines, ofrenda en los altares,  
corona con que el vate por premio a sus cantares  
ciñe la noble sien.

Recuerdo de lejana felicidad perdida,  
prenda de un juramento de amores que no olvida  
ninguno de los dos.

¿Quién sabe las historias de dichas o de angustias  
que guardan de una rosa las pobres hojas mustias  
que el viento lleva en pos?

¿Quién sabe los misterios de una existencia breve?

¿Por qué la engendra y mata el mismo soplo leve  
de la brisa fugaz?

¿Por qué es la obra más frágil de Dios y la más bella?

¿Por qué es la imagen triste de ese placer sin huella  
de la ilusión falaz?

Algo esa flor purísima de incomprendible esconde,  
como un reflejo vago de aquella patria en donde  
reside el sumo bien:

no se engendró en el barro la incorruptible esencia  
que en su divino cáliz aún guarda la inocencia  
perdida del Edén.

Por eso en fiel memoria de aquella edad primera,  
cuando renace espléndida la verde primavera  
vuelve esa flor gentil,  
como el eterno símbolo de aquel amor profundo

que renueva el consorcio del cielo con el mundo  
a cada mes de abril.

## ENVÍO

Niña feliz que duermes bajo el materno arrullo,  
como en jardín cerrado tiernísimo capullo  
dormido en un rosal,  
cuando esas flores mires abrirse en tus ventanas  
piensa que son las rosas las candidas hermanas  
de tu alma celestial.

## Ocasionales

Versos improvisados  
Con motivo de la inauguración del ferrocarril de Almansa a Valencia

Niño, aprendí la impura  
fábula del orgullo.

Con signos de misterio  
un mágico guardó en prisión oscura  
al infernal espíritu, y su imperio  
acrecentó con la alianza impía  
de modo tal que el tiempo y la distancia  
con su indomable voluntad vencía.  
¡Sueños de la ambición!, ¡conseja vana  
que yo escuché del ignorante labio!  
¡Ah, no. Esperad, y trocaréis mañana  
la magia en ciencia, el ignorante en sabio!

Y fue verdad: que el dilatado ambiente  
rugió encerrado en la prisión estrecha  
de hierro y bronce, y la soberbia mente  
del hombre lo domina y le señala  
su curso inquebrantable, y obediente  
él a la activa voluntad iguala.

Miradle: rebramando el monstruo fiero  
sueitas al viento sus nevadas crines,  
con ímpetu altanero  
salva de Edeta alegres los confines.  
Ya por los valles cóncavos retumba  
su estridente rugido;  
ya en las llanuras castellanas zumba,  
y entre el fragor sonoro  
de sus miembros de hierro, álzase erguido  
el hombre y rige sus tirantes de oro.

¿A dónde marcha?... Ardiente mensajero  
de un siglo de gigantes,  
él los espacios vencerá altanero  
climas y razas para unir distantes.  
Es el Mercurio antiguo,  
dios de la industria: con febril deseo

bate las alas de sus pies, y agita  
de eterna paz el santo caduceo.

Es rey: por eso al travesar delante  
del pueblo fiel, que a su redor se apiña,  
 extienden a sus pies la cambiante  
alfombra aquí de la feraz campiña.

Es vencedor: por eso sus entrañas  
 abre la tierra, y como honor gigante  
 da por arcos de gloria sus montañas.

Vedle: la tierra dominó, y los mares  
sojuzgando también, por sus llanuras  
surca buscando los ignotos lares  
de pueblos mil. Los cielos a la Europa  
quisieron dar su imperio, y de la bruma  
que blanca se alza sobre el mar, forjaron  
augusto el cetro que su diestra abruma.

Hoy aguarda impaciente el firme lazo  
roto mirar con que la Libia unida  
vive con Asia en fraternal abrazo;  
y cuando choque la onda turbulenta  
de un mar con otro mar, cruzará erguida  
la nave audaz que con su fuego alienta,

y el raudo curso con secreto pasmo  
el árabe ha de ver que triste sigue  
hoy del camello la pisada lenta.

¡Genio libertador!, por ti alza el hombre  
noble a los cielos la abatida frente,  
cuyo sudor fecundizó la tierra:  
que en ti el poder de redimir se encierra.  
Mísera muchedumbre  
que alzaste las pirámides, ya ha roto  
la humanidad su innoble servidumbre:  
hoy un poder ignoto  
que con su ciencia doma,  
al hombre ayuda con esfuerzo bravo,  
y al Espartaco de la antigua Roma  
le sucede el Vapor, el grande esclavo.

A la señora doña D. M.  
Enviándole copia de unos versos que le escribí en 1864

Vuestro encargo cumplí. De mano propia  
saqué de antiguos versos nueva copia;  
y como suele en el otoño pálido  
un día de sol cálido  
fingirnos que volvió la primavera,  
así yo me fingí (dulces engaños

de la imaginación) que era quimera  
el transcurso veloz de veinte años.

Aún en aquella playa  
la ola del mar murmurador desmaya;  
aún las velas latinas  
pasan por el confín del horizonte,  
y aún el lejano monte  
cubre su falda azul con las neblinas.

¡Todo está como entonces!

Tañe la ermita sus sagrados bronces;  
la alquería se pierde  
de los parrales bajo el toldo verde;  
dan su agreste perfume en la serena  
noche las madre selvas trepadoras,  
y duermen, recostadas en la arena,  
las fatigadas barcas pescadoras.

¡Todo está como entonces!... ¡Sólo falta  
la juventud!... La juventud risueña,  
que logra ser, cuando el amor la exalta,  
del sol, del aire y de las almas dueña.

¡La juventud pasó!... y el torbellino  
de la existencia humana  
trocó en zarzas las rosas del camino

y en triste duelo la esperanza ufana.  
Vos, como yo, señora,  
al retornar ahora  
el pensamiento a los lejanos días,  
vemos en la extensión vaga y desierta,  
en vez de las soñadas alegrías,  
pasar gimiendo nuestra dicha muerta.

¿Para qué entristeceros?  
los que el alma perdió, seres queridos,  
a nuestro lado van por los senderos  
de la vida, invisibles y escondidos.  
Ellos hacen que obre  
actos de bien la fe de los cristianos,  
y ellos ponen, señora, en vuestras manos  
la limosna del pobre.  
Por eso cuando el ánimo os taladre  
de la ajena amargura el triste peso,  
sentiréis en la frente el dulce beso  
de vuestra santa madre.

Perdonad, bella dama,  
si vuestros ojos tersos  
logré empañar con lágrima importuna.  
¡Dichoso el tiempo aquél que hicimos versos

a la naciente luna!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

